BOLSILIBROS

Selección

TERROR

ADAM SURRAY

AUNQUE LA MUERTE SE VISTA DE SEDA...

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

Lectulandia

Él hubiera deseado tener también amputadas las orejas. El escuchar aquello le hizo enloquecer de terror. El no poder moverse, el no poder gritar y dar suelta a su espanto, atormentaba aún más su mente. Llegaron arrastrando la bañera y cuatro sierras eléctricas. Las cuatro muchachas cercaron el lecho donde yacía. Una cogió un cuchillo. Lo alzó dispuesta a hundirlo en el pecho de Wallace.

Lectulandia

Adam Surray

Aunque la muerte se vista de seda…

Bolsilibros - Selección Terror - 381

ePub r1.0
Titivillus 02-07-2019

Adam Surray, 1980

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

SELECCION
TERROR

Capítulo I

KERWIN WALLACE se detuvo en el living.

Depositó las maletas en el suelo.

—¿Ocurre algo, cariño?

Wallace denegó con un movimiento de cabeza mientras sus labios esbozaban una sonrisa.

—Estaba recordando… Son muchos años los pasados en este apartamento. Desde mi regreso del Vietnam.

—¿Nostálgico?

Kerwin Wallace rio ahora en sonora carcajada.

—Nadie puede añorar tristeza, amargura, soledad… No, Verna. Este apartamento ha sido una especie de jaula para mí. En él han transcurrido los más penosos años de mi existencia. Mascullando mi amargura, mi soledad…

—¡No te creo! A saber las amiguitas que han desfilado por aquí.

Kerwin Wallace fijó sus ojos en la mujer.

Bueno…, fijó su ojo en Verna.

El derecho.

El izquierdo, cercado por una verdosa cicatriz, era de cristal.

Secuelas de su intervención en la guerra del Vietnam.

—Ninguna, Verna. Tú eres la única mujer de mi vida. Siempre fui de carácter huraño. Mi… herida en Vietnam me hizo aún más insociable y retraído. Solamente, y de forma esporádica, he acudido a algún burdel de donde siempre salía asqueado. El conocerte ha sido lo más maravilloso. Es como un sueño del que temo despertar para encontrarme de nuevo entre las cuatro paredes de mi habitación.

—Igual me ocurre a mí, Kerwin. Hoy, cuando el juez pronunció las clásicas palabras de «os declaro marido y mujer», también creí estar soñando.

—Tu caso es diferente, Verna. Eres joven, atractiva…, no estabas condenada a la soledad. El escribir a la Clover Agency fue un acto desesperado. Apenas echar la carta me arrepentí de ello. Celebré el no recibir respuesta en las dos semanas siguientes. Era lógico. ¿Qué mujer estaría dispuesta a contraer matrimonio con un hombre dotado de un ojo de cristal,

con una cicatriz en la mejilla y un sueldo mensual que no alcanza los mil quinientos dólares?

—Yo, Kerwin —rio la mujer echándole los brazos al cuello—. Verna Brolin. Ahora señora Wallace.

La proximidad del cuerpo femenino turbó a Kerwin Wallace. Cuando los gordezuelos labios de Verna se posaron sobre los suyos, la abrazó con fuerza. En largo y apasionado beso.

Se separaron.

Wallace no pudo ocultar una mirada de admiración.

Su flamante esposa era algo fuera de serie.

Veintidós años de edad. Pelo castaño recogido en favorecedor peinado que destacaba el óvalo de su rostro. Ojos rasgados. Nariz breve. Labios carnosos. El vestido camisero ocultaba un cuerpo pródigo en curvas.

—¿Nos vamos?

—¿Cómo?… Ah, sí… Disculpa, Verna. Me pasaría horas contemplándote. Eres bella como una diosa.

—¡Y tú un mentiroso! —rio de nuevo la mujer haciéndose cargo de un pequeño neceser.

Kerwin Wallace, cargado con las dos maletas, salió en primer lugar.

Verna cerró la puerta del apartamento.

—Deja la llave en la cerradura —indicó Wallace, colocando el equipaje en la cabina del elevador—. Ya pasará el casero a retirarla.

—¿Seguro que no olvidas nada?

—¡Ni aunque dejara un lingote de oro volvería a por él! Quiero olvidar este apartamento para siempre.

Rieron al unísono.

Frente a la casa estaba estacionado un Chevrolet «Chevette» color hueso.

En el portaequipajes había ya una maleta.

Wallace acopló las otras dos y el neceser.

Se acomodaron en el interior del vehículo.

—Verna…

—¿Sí?

—¿Estás segura de querer pasar la noche de bodas en esa especie de castillo? Podemos ir hasta Filadelfia o Nueva York y ocupar una suite en el mejor de los hoteles.

—¡Es realmente un castillo, Kerwin! —Exclamó la mujer—. ¡El castillo de los McRoots!

—Sí, pero…

—¡Será como un cuento de hadas!

—Pero sin lacayos y pajes… y posiblemente sin luz eléctrica.

—Aún más romántico, Kerwin. Tú y yo solos. A la luz de artísticos candelabros de bronce y servidos por los fantasmas de turno.

Wallace rio divertido.

Puso en marcha el vehículo.

—De acuerdo, querida. No es mi intención llevarte la contraria y menos en nuestro primer día de matrimonio.

—Gracias, Kerwin. Eres un encanto. Mañana emprenderemos rumbo donde tú decidas. A decir verdad, no me pareció justo rechazar el ofrecimiento de la señora McRoots.

—¿Tanta amistad te une a ella?

Verna se reclinó en el asiento.

Encendió un Newport exhalando una bocanada de mentolado humo.

—Ese castillo fue hace años un internado. Yo me eduqué en él. Ahora está deshabitado, pero la señora McRoots cuida de él con gran esmero. Está en perfectas condiciones de habitabilidad. Cuando le anuncié mi futura boda prometió hacerme un buen regalo. Al no poder indicarle todavía nuestra dirección, sugirió que pernoctáramos en el castillo y que dejaría el regalo en la habitación de los invitados. La vi muy ilusionada, Kerwin. Dijo que nuestra noche de bodas allí alegraría las tristes piedras del castillo.

—¿No te preguntó por el novio?

—Oh, sí… Le hablé de ti, pero sin comentarle cómo nos conocimos. La señora McRoots es ya una anciana. Dudo que lo comprendiera. Y no sólo ella. Muy pocos se toman en serio las agencias matrimoniales.

—Yo uno de ellos. Recuerdo que cuando recibí respuesta de la Clover Agency junto con tu fotografía, estuve tentado de devolverla.

—Acudiste a la cita.

—Sí, pero con cierta suspicacia. Aunque la publicidad de la Clover Agency advierte que se abstengan quienes no deseen en verdad contraer matrimonio, tenía mis dudas. Muchas agencias matrimoniales son tapaderas de prostitución.

—Yo también dudé antes de escribir.

—Aún no acabo de entenderlo. Esas agencias son para personas con problemas psíquicos, físicos…

—No estoy de acuerdo, querido. No sólo acuden los tímidos o disminuidos físicos. Esas agencias ayudan a buscar tu alma gemela. Les confiesas tus gustos, preferencias, carácter… Respondes con sinceridad al test

que se adjunta con la propaganda y ellos hacen el resto. En nuestro caso no se equivocaron. Justo a los ocho días de conocernos, hemos contraído matrimonio. Tal vez yo acudí a la Clover Agency por comodidad, por temor a un fracaso matrimonial o asqueada de que en mi reducido círculo de amistades ninguno pensara en el matrimonio; sino en el placer. Soy una vulgar secretaria con unos pequeños ahorros. Tampoco solicité un millonario. No me importa el dinero. Sólo un hombre digno que, en común esfuerzo, ayude a formar un hogar. Espero que en Albany encuentre fácilmente empleo. De haber seguido aquí en…

—Te he mentido, Verna —interrumpió Wallace—. Yo no soy abogado ni trabajo en la Scott Company. Tampoco gano mil quinientos dólares al mes.

La mujer parpadeó.

—Pero… la ficha de la Clover Agency…

—Falsa. Proporcioné algunos datos falsos. Mis padres murieron hace años. Yo era hijo único. No tengo a nadie. Solo como un perro. Heredé unas acciones. Acciones que se han multiplicado al invertirlas sabiamente. ¿Recuerdas que hoy, tras la ceremonia de la boda, me acompañaste al Banco?

Verna asintió con una mueca de perplejidad en el rostro.

—Sí… firmé unos papeles…

—También yo, Verna. Tu firma estará autorizada para retirar dinero de mi cuenta corriente. En efectivo calculo alrededor de los cuarenta o cincuenta mil dólares. Puedes disponer de ellos.

Verna rio nerviosamente.

—Es… es una broma, ¿verdad?

—Compruébalo cuando quieras, Verna. Saqué un par de talonarios para ti. Sólo tienes que firmar y poner la cantidad.

—No… no comprendo…

El «Chevette» circulaba por las proximidades de Leakin Park.

Kerwin Wallace aprovechó la detención frente a un stop para posar su mirada en la mujer.

—Es muy sencillo, Verna. Tengo cuarenta y ocho años. Si una mujer joven y bonita se casa conmigo lógicamente no será por mi… atractivo físico. Sí tal vez tentada por mi pequeño capital y por la posibilidad de heredar las acciones.

—Por eso ocultaste…

—Sí, Verna.

—Debería enfadarme contigo, Kerwin. ¿Por qué te torturas así? ¿Por qué ese empeño en autocompadecerte? Cientos de hombres regresaron del

Vietnam en peores condiciones y no se acomplejaron por ello. Hay algo mucho más valioso que el atractivo físico, Kerwin. Algo oculto. Imposible de ver o definir. Ese algo lo he encontrado en ti. Y por eso me he casado contigo.

—A los tres o cuatro días de conocernos quise confesártelo, Verna. Convencido de que tú eras una muchacha noble y sensible que no ambicionaba más que un poco de felicidad compartida.

—No te perdono…

—Verna, por favor…

La mujer sonrió.

—¿Sabes una cosa? Mañana, y como castigo, extenderé un cheque por quinientos dólares y me compraré un vestido.

Wallace acompañó la sonrisa femenina.

—Añade cien más para unos zapatos. Me lo merezco.

Rieron a dúo.

Ya quedó atrás el monumental Leakin Park.

Enfilaron hacia West Arlington.

—Me has dicho por la autopista de Garrison, ¿verdad?

—Sí, Kerwin. Luego hay un desvío en la comarcal de Hulee Hill que conduce al castillo. En menos de una hora estaremos allí.

Wallace consultó su reloj de pulsera.

—Son ya las nueve… Procuraremos no despertar al fantasma del castillo.

—Apuesto que nos espera.

Verna no se equivocaba.

El fantasma de la muerte esperaba en el castillo de los McRoots.

Capítulo II

—¡SANTO DIOS!…

La exclamación de Wallace fue acompañada de una mueca de estupor.

—¿Ocurre algo, Kerwin?

Wallace demoró unos instantes la respuesta.

El tiempo en que el castillo desapareció de su vista por tomar el auto una de las curvas del tortuoso camino.

Había surgido inesperadamente. En lo alto. Recortándose fantasmal. Con sus cuatro torretas desafiando al cielo. Bañado por la nívea claridad de la luna.

—El… el castillo…

Verna sonrió.

—Sí. Ya estamos llegando. Ahora volverá a aparecer a nuestra vista. Este terreno pertenece también a la señora McRoots. Y el camino conduce exclusivamente al castillo. De ahí su deplorable estado. La comarcal de Hulee Hill está mejor cuidada.

—No me sorprende que nadie acuda por aquí. Y menos en la noche. Es un castillo… lúgubre.

—Te sorprendió el verlo aparecer de súbito, Kerwin. Eso fue. ¡Míralo ahora!

Sí.

De nuevo era visible.

Recortado en la oscuridad de la noche.

En lo alto de la colina. Cercado de árboles que se agitaban azotados por el viento.

El contemplarlo por segunda vez no cambió la opinión de Wallace.

Le seguía pareciendo tenebroso.

Forzó una sonrisa.

—Creo que pocos matrimonios deciden pasar su noche de bodas en un solitario castillo emplazado en la cima de una montaña.

—Será una noche de bodas inolvidable, Kerwin.

La insinuante voz de la mujer devolvió el optimismo a Wallace.

El pedregoso sendero se ensanchaba al terminar de bordear la montaña enfilando recto hacia el castillo.

Los faros del «Chevette» iluminaron la entrada.

—Al menos no hay puente levadizo ni foso con cocodrilos —bromeó Wallace—, ¿Dónde dejo el auto?

—Ahí mismo. No hay miedo que lo roben.

Kerwin Wallace descendió del vehículo.

No desconectó los faros.

—Casi hace frío. Sopla un viento endiablado que… ¡Verna!… ¡Hay alguien en el castillo! ¡Allí hay luz!

Wallace señaló hacia una de las torretas.

La luz que asomó fugaz por las saeteras de la torreta se eclipsó antes de que Verna descendiera del auto.

—¿Dónde?

—Se… se ha desvanecido…

La mujer rio en cantarina carcajada.

—Sería el fantasma que se retira a sus aposentos.

—No estoy bromeando, Verna. He visto luz allá arriba. En la torreta de la izquierda. Junto al matacán.

—Si tratas de asustarme no vas a conseguirlo, Kerwin. Y si hablas en serio, has sufrido una alucinación.

—Te juro que…

—Habrá sido un reflejo o imaginaciones tuyas. Yo sólo voy a subir el neceser. ¿Y tú?

Wallace continuaba con la mirada fija en la torreta.

Sacudió la cabeza.

Sí.

Tal vez fuera imaginación.

—La maleta pequeña.

Verna estaba manipulando en el bolso de mano. Extrajo una llave que introdujo en la cerradura de la puerta. Esta era la única pieza que rompía el anacronismo del edificio. Una puerta metálica de doble hoja dotada de eficaz cerradura de seguridad.

—Verna…

—¿Sí?

Wallace estaba inmóvil junto al auto.

En su diestra una de las maletas.

—Fíjate en aquel árbol… No mueve ni una sola de sus hojas. Y sin embargo todos los demás…

—Oh, Kerwin, por favor… Basta ya. Apaga los faros y entremos de una vez.

Wallace obedeció.

Con lentitud.

Para poder seguir contemplando el árbol. Era el más cercano al castillo. Tenía una extraña forma. Sus raíces sobresalían de tal manera que parecían tentáculos de un pulpo. En cuanto a las ramas, dos de ellas se extendían como dos brazos abiertos. Aquellas dos gruesas ramas estaban marchitas y ajadas. El resto de los vástagos plagados de hojas que permanecían en una impresionante inmovilidad. Contrastando con los árboles vecinos dominados por el viento. Al ser zarandeados producían un extraño sonido. Similar al lastimero aullido de un perro herido.

Wallace desconectó los faros.

Portando la maleta acudió junto a Verna que esperaba bajo el umbral de entrada.

—Aun a riesgo de que me tomes por un chiquillo asustado preferiría dar media vuelta y pernoctar en el primer lugar civilizado que encontremos.

La mujer ahogó un suspiro.

—¿No se te ha ocurrido pensar que esa supuesta inmovilidad obedece a que el árbol está protegido? Se encuentra al amparo de la fachada del castillo.

—Otros están en iguales circunstancias y…

—¡Mira, Kerwin!… En ese patio solíamos hacer gimnasia y jugar. Aquello del fondo eran las aulas, a la izquierda los dormitorios, allá el comedor…

La blanquecina luz de la luna permitía distinguir toda la explanada con relativa claridad.

—Este castillo debe tener siglos…

—No lo creas. Fue construido por el primer McRoots que llegó a los EE.UU. Allá por el año 1820. Leonard McRoots fue uno de los ingleses que participaron en el asedio a Baltimore. Terminó por establecerse aquí. La señora McRoots nos contaba con frecuencia la historia de sus antepasados. Desde sus orígenes en la vieja Inglaterra. Una historia muy interesante.

Verna tomó un candelabro situado sobre una repisa de piedra emplazada junto a la entrada. Cedió el neceser a Wallace para poder aplicar la llama del encendedor a los tres cirios.

—Sígueme, Kerwin.

Sin duda el castillo había sido acondicionado con el paso del tiempo, pero sin perder su arcaica configuración. Un espacioso hall daba acceso al comedor, biblioteca y salón.

Una escalera de piedra, de anchos y longitudinales peldaños, conducía a los aposentos.

—Hay una escalera de servido en el lado opuesto. Esto, aun sin ser un castillo de noble feudal, es inmenso. A la luz del día podrás comprobar toda su grandiosidad.

Recorrieron un largo pasillo.

Sus pisadas sobre la fría piedra se extendían en fantasmal eco por todos los rincones de la mansión.

Kerwin Wallace contemplaba admirado los cuadros, esculturas, espejos, armaduras y demás objetos de arte que adornaban el corredor.

—¿Qué es esto, Verna?

La mujer se detuvo ladeando la cabeza.

Wallace estaba frente a una de las puertas. Sobre la gruesa hoja de madera artísticamente trabajada destacaba un emblema.

—Es el escudo de los McRoots.

—Ignoraba que la señora McRoots descendiera de la nobleza —rio Wallace—. El escudo es… siniestro. Sí. Esa es la palabra adecuada. Siniestro.

El emblema era circular. Fondo rojo con ribetes negros circundándolo. Representaba una calavera y tres flores. Tres rosas negras. Dos de ellas brotando de las vacías cuencas de la calavera. La tercera pendía de los dientes.

El corredor tenía forma cuadrangular, aunque falto de uno de los lados.

Verna se detuvo junto a una de las puertas.

Hizo girar el pomo.

La habitación era espaciosa. Pródiga en cuadros, jarrones, objetos de arte y cortinajes. Destacaba la cama de dosel. Adornada con sedosas cortinas.

La muchacha iluminó dos candelabros más allí depositados.

—Hay luz eléctrica, pero está desconectada.

Wallace no salía de su asombro.

—Es… es increíble. Me parece estar viviendo en el pasado. Y todos estos objetos…, las porcelanas, las figuras, los cuadros… Si en verdad son auténticos valen una fortuna.

—La señora McRoots no aceptaría jamás una vulgar imitación. Voy al baño.

—¿Baño?

Verna hizo correr una cortina que ocultaba una puerta.

—La señora McRoots se resistió a ello, pero tuvo que ceder para proporcionar la merecida atención a los invitados.

Por supuesto un baño clásico y sin concesiones modernistas. Estaré lista en cinco minutos.

La joven desapareció con el neceser.

Kerwin Wallace dudó donde colocar la maleta. Todos los muebles le parecían piezas de arte. Se decidió por una de las butacas. Extrajo un pijama color crema y unas chancletas.

Procedió a desvestirse.

Terminaba de abotonarse la chaqueta del pijama cuando tuvo la extraña sensación de que era observado.

Ladeó la cabeza.

Casi dio un salto al descubrir aquellos ojos fijos en él. Unos ojos diminutos, penetrantes, inquisitivos… Correspondían a los del individuo de uno de los cuadros. El rostro de un hombre de unos cincuenta años de edad. De blanquecinas facciones donde destacaban aquellos ojos que parecían tener vida. Que parecían seguir los movimientos de Wallace.

Kerwin Wallace buscó nerviosamente la cajetilla de tabaco.

Encendió el cigarrillo utilizando el candelabro situado sobre la mesa de noche.

Fue al sentarse al borde del lecho cuando descubrió el envoltorio. Con un ancho lazo rojo.

—¡Eh, Verna!… ¡Aquí tienes el regalo de la señora McRoots!

—¡Puedes abrirlo, querido! —gritó la muchacha desde el interior del baño.

Wallace no se hizo de rogar.

Un estuche de piel forrado en terciopelo. Contenía una daga inglesa de larga y punzante hoja. La empuñadura parecía de oro. Rematada con el escudo de los McRoots.

Wallace contempló el puñal como hipnotizado.

Ni tan siquiera se percató de la proximidad de Verna.

La muchacha portaba una botella de champán y dos copas de fino cristal tallado.

—¿Te gusta, Kerwin?

Wallace asintió sin levantar la mirada del puñal.

—Parece de oro…

—Es oro, Kerwin. No lo dudes —Verna dejó la bandeja sobre la mesa de noche. Sirvió las dos copas de champán—. Ya te comenté que la señora McRoots era muy generosa.

—Pero esto debe valer…

Kerwin Wallace, al posar su mirada en la muchacha, enmudeció.

Verna lucía una sucinta negligé. Muy corta. Transparente. Bajo la prenda destacaba el negro encaje del slip. Los senos aparecían desnudos. Turbadoramente marcados bajo la negligé.

—¿Champán, Kerwin?

Wallace iba de sorpresa en sorpresa.

—¿De… de dónde lo has sacado?

—Estaba en el cuarto de baño. En una nevera portátil. Está delicioso, Kerwin. Ya he saboreado una copa, pero tomaré otra contigo. ¡Por nosotros, amor!

Wallace vació su copa.

Sin apartar la mirada de la joven.

—¿Sabes una cosa, Verna? Tú eres lo más valioso de todo cuanto hay en este fabuloso castillo. Tu belleza lo eclipsa todo.

Kerwin Wallace dejó la copa para abarcar con sus brazos la cintura de la muchacha. La atrajo contra sí hundiendo su rostro en el vientre femenino. Percibió el calor de aquel cuerpo a través de la sedosa tela de la negligé.

Verna se dejó caer en el lecho.

Sobre el sedoso edredón.

Unieron sus labios.

En ardiente beso.

Las manos de Wallace se deslizaron por la espalda de su joven esposa hasta llegar a la pronunciada curva de las nalgas que aferró estrujándolas una y otra vez. Alzó la negligé. Su diestra se introdujo bajo el slip. La piel de Verna era aún más suave que el sedoso encaje.

Verna se removió inquieta.

Empujando las caderas contra Wallace.

Un leve movimiento ascendente situó los erectos senos al alcance de los labios de Wallace.

El intercambio de caricias se hizo más audaz y apremiante. —Verna, Verna…

Wallace llevó sus manos a los hombros de la muchacha con intención de separarse e invertir la posición.

—Un momento, Kerwin… Tengo un pequeño deseo…

—Dímelo… —jadeó Wallace, quemado por el aliento de la mujer.

Enfrentaron sus miradas.

Enfebrecidos.

—Es un capricho, Kerwin. Quiero sacarte el ojo.

Wallace parpadeó.

Estupefacto.

Reaccionó con cierta ira.

—¿Qué ocurre? ¿Nunca has visto un ojo de cristal?

—¿Ojo de cristal? —Sonrió Verna—. Oh, no… yo quiero sacarte el otro, Kerwin. El bueno.

Capítulo III

KERWIN WALLACE quedó momentáneamente sin habla.

Incapaz de reaccionar.

Limitándose a contemplar a Verna.

Allí estaba.

Sobre él.

Sonriente.

Con la negligé abierta. Los senos duros y punzantes oscilando a corta distancia del rostro de Wallace.

—Tienes un desagradable sentido del humor, Verna. Y muy poco oportuno.

La muchacha se removió para colocarse a horcajadas sobre el estómago de Wallace.

—¿Eso crees?

Verna continuaba sonriendo.

Una sonrisa hasta entonces desconocida para Wallace.

—Ya basta de bromas, Verna.

—No es una broma, querido. Apuesto que no te has fijado en mis uñas. Míralas.

Verna mostró la palma de su mano derecha.

La hizo girar.

No eran unas uñas excesivamente largas, pero sí parecían fuertes. Pintadas en rojo.

—Va a resultar sencillo, Kerwin. Sólo tengo que hundir el pulgar y el índice en…

—¡Ya basta!

Wallace quiso apartar violentamente a la muchacha.

Sí.

Esa fue su intención, sin embargo sus brazos siguieron inmóviles sobre el lecho. Como si fueran de plomo.

Lo intentó de nuevo.

Sin resultado.

Quiso alzar las caderas, levantar la cabeza, mover las piernas…

Nada.

Su cuerpo estaba paralizado.

—¿Qué te ocurre, amor?

Wallace catalogó ahora la sonrisa de la mujer.

Una sonrisa demoníaca y cruel.

—Oye, Verna…, ¿qué significa esto? —el rostro de Wallace comenzó a perlarse de sudor. La cicatriz acentuó su tono verdoso—. No puedo moverme…

—¿De veras? Tal vez te sentó mal el champán.

—El champán… me… me has envenenado…

Verna rio en desaforada carcajada.

—Tienes que disculparme, querido. Soy enemiga del matrimonio. Prefiero la viudez. Me he quedado viuda siete u ocho veces. Ya no recuerdo. ¿Cuál es el ojo de cristal, Kerwin? ¿Este?

La mujer unió la acción a la palabra.

Con escalofriante indiferencia introdujo el pulgar y el índice de su diestra en el ojo izquierdo de Wallace.

Lo arrancó de cuajo.

—Demasiado fácil —rio Verna, haciéndolo bailar entre sus manos—, ¡Este es el de cristal!

Lo arrojó al suelo.

El ruido de la esfera de cristal al rebotar contra el suelo y pared pareció enloquecer a Wallace.

—Verna… ¡Verna!… ¡No!

Ni tan siquiera pudo mover la cabeza para esquivar los dedos de Verna que como dos siniestras tenazas se aproximaron lentamente hacia su ojo derecho.

El alarido de Wallace fue espeluznante.

Desgarrador.

Confundido con la carcajada de Verna.

El dedo pulgar se hundió casi por completo. Con ayuda fice escarbó con monstruoso sadismo. Desgarró el nervio óptico y los músculos del ojo.

—Ya lo tengo, Kerwin.., si…, creo que ya está… ¡Ah, Gran Satán!… Cómo se escurre… Viscoso, sanguinolento, resbaladizo…

Verna aferró en su puño derecho el globo ocular.

Arrancado de su cavidad orbitaria.

La sangre dibujó surcos hasta llegar al codo de la mujer y gotear sobre el rostro de Wallace.

Abrió la mano.

—Míralo, Kerwin. Es como… ¿Has oído? —Verna rio, estridente—. Olvidaba que ya no puedes ver…

Wallace seguía aullando.

Con las facciones desencajadas.

Con aquellas dos sanguinolentas oquedades en su rostro.

Verna abandonó el lecho.

Depositó cuidadosamente el arrancado ojo en el interior de una de las copas de champán.

Fue entonces cuando se abrió la puerta de la habitación.

Con leve chirriar.

Kerwin Wallace, aunque atormentado por lacerante dolor, pareció percatarse de ello.

—¿Quién está ahí?… ¡Ayuda, por favor!… ¡Ayudadme!

Wallace, de poder ver a sus visitantes, hubiera ahorrado las demandas de auxilio.

Primero entraron tres mujeres. Las tres jóvenes. De extraordinaria belleza. Cubiertas por larga y blanca túnica.

Tras ellas, contrastando con aquella nívea vestimenta, apareció una enlutada mujer. De edad imposible de determinar.

Podía tener setenta… o cien años. Rostro enjuto. La reseca y acartonada piel materialmente pegada a los huesos. Nariz ganchuda. Ojos saltones…

Como la clásica bruja de los cuentos de hadas.

Solo que la señora McRoots era algo más que una bruja.

El negro vestido carecía del menor adorno o ribete.

De poco hubiera servido.

Karla McRoots seguiría con su aspecto de bruja.

Las huesudas manos de la mujer sí lucían sortijas y anillos de extraño diseño. Un medallón colgaba de su cuello. Una pieza de incalculable valor. El escudo de los McRoots. La calavera en oro. Las tres rosas representadas por brillantes.

—¿Quién está ahí? —Volvió a interrogar Wallace, desesperado—, ¡Ayuda!

Karla McRoots hizo chasquear los dedos de su diestra.

—Preséntame a tu marido, Verna.

La muchacha sonrió con leve inclinación de cabeza.

—Por supuesto, señora McRoots. Su nombre es Kerwin Wallace. Kerwin…, quiero presentarte a la señora McRoots, propietaria del castillo. También están aquí mis compañeras Kathrin Mann, Gladys Rafer y Sharon Hyams. Las cuatro somos discípulas de la señora McRoots.

—¡Por el amor de Dios! —Gritó Wallace—, ¿Qué significa esto? ¿Qué pretenden?

Karla McRoots arrugó instintivamente la nariz.

—Habla demasiado, ¿verdad, Verna?

—Me temo que sí, señora McRoots.

—Resulta molesto. Cortadle la lengua.

La orden, dada con espeluznante indiferencia, fue igualmente obedecida.

—Ayúdame, Gladys.

—Sí, Verna.

Gladys Rafer era una encantadora muchacha de grandes ojos azules y sedoso cabello rubio como el fuego.

Verna retornó del contiguo cuarto de baño con unas pequeñas pinzas.

Su compañera Gladys había cogido la daga con empuñadura de oro.

—¡No!… ¡No!… ¡No pueden hacer eso!… ¿Por qué?…

Fue un error.

Wallace no debió gritar.

Aquello facilitó la labor de Verna.

Introdujo las pinzas en la boca de Wallace. Hizo palanca obligándole a abrir aún más la boca Al tercer intento logró atenazar la lengua de Kerwin Wallace. Tiró con fuerza.

Y la dulce y encantadora Gladys hizo el resto.

De un certero tajo.

Infrahumanos sonidos guturales brotaron de Wallace. Roncos gemidos acompañados de estertores originados al tragar la abundante sangre que manaba de la herida.

Sharon Hyams era morena. De larga melena que caía majestuosa sobre sus hombros. Ojos color ágata. Su rostro acusaba gran sensualidad. Delatada en el brillo de sus lascivos ojos en los gordezuelos labios. Su cuerpo, aunque oculto por la larga túnica, se adivinaba opulentamente formado.

—¿Cuál va a ser el procedimiento, señora McRoots?

—Lo estoy pensando, Sharon. Me temo que el señor Wallace va a ser destinado al crematorio.

Las cuatro muchachas no ocultaron una mueca de disgusto.

—¿Por qué no la fosa? —Inquirió Kathrin Mann—. Se terminaría antes.

Karla sonrió mostrando una perfecta y sorprendente dentadura.

Fijó sus saltones ojos en Kathrin.

Kathrin, aun contando veinticuatro años de edad, era la mayor del grupo. Su belleza no destacaba tanto, como la de sus compañeras. Incluso tenía un cierto aspecto intelectual.

—No me gusta ser contrariada, Kathrin.

—Yo no…

Verna intervino en defensa de su atemorizada compañera.

—Kathrin sólo hizo una sugerencia, señora McRoots. Utilizar el horno lleva consigo descuartizar el cuerpo de Wallace. El crematorio es pequeño.

—Sí, pero también borra todo rastro. Los dos últimos fueron a la fosa, ¿no es cierto? Demasiada comida para las ratas. Si hay que trocear a Wallace, se le trocea. Hacerlo aquí mismo. Vosotras dos traer la bañera. Tú, Kathrin, baja a por las herramientas.

Kerwin Wallace hubiera deseado tener también amputadas las orejas.

El escuchar aquello le hizo enloquecer de terror.

El no poder moverse, el no poder gritar y dar suelta a su espanto, atormentaba aún más su mente.

Verna y Gladys llegaron arrastrando la bañera dotada de ruedas.

También retornó Kathrin.

Con cuatro sierras eléctricas.

La vieja señora McRoots tomó asiento en una de las aristocráticas butacas. Entrelazó los dedos de las manos. Dispuesta a presenciar la función.

Las cuatro muchachas cercaron el lecho donde yacía el aterrorizado Wallace.

Kathrin cogió el cuchillo.

Lo alzó dispuesta a hundirlo en el pecho de Wallace.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió la anciana, secamente.

—Matarle.

Karla McRoots sonrió.

Chasqueó la lengua.

En sus saltones ojos reflejaba toda la maldad del Averno.

—No. Empezar a descuartizarle. Ya irá muriendo poco a poco. Así es más divertido.

Capítulo IV

LOS rayos del sol no mejoraron el aspecto del castillo. Continuaba siendo tenebroso. Envuelto en un extraño y maligno halo que casi se podía palpar.

También en su interior.

Incluso en el lujoso y confortable despacho-biblioteca.

Karla McRoots estaba sentada tras la mesa escritorio de noble madera artística trabajada.

Escuchaba atentamente a Verna.

Al igual que Sharon, Gladys y Kathrin.

—Del banco sólo extrajo diez mil dólares en efectivo. Cinco mil más en cheques de viaje. Mi autorización para sacar fondos de la cuenta corriente está en vigor desde ayer.

—Sigue el procedimiento habitual —indicó la anciana—. Los dos primeros talones con cantidades sin importancia y luego lo retiras todo. ¿Has destruido las cartas?

—Por supuesto. Iban en el equipaje. Lo comprobaré antes de arrojarlo al horno. En el apartamento tampoco quedó nada que pueda relacionarse con Kerwin Wallace.

—¿Y el coche?

—Está a mi nombre—sonrió Verna—. Un regalo de bodas. Wallace se desprendió del suyo. Esperaba comprar otro en Albany.

—Véndelo hoy mismo. No lo quiero aquí. Ya tenemos suficientes vehículos.

Karla abrió uno de los cajones de la mesa.

Extrajo una carpeta.

—Creo que tenemos dos buenos candidatos más, queridas. Adecuados para Gladys y Sharon. Uno de ellos por mediación de la Clover Agency. El otro se dirigió al Venus Club.

—Apuesto que el del Venus Club es el mío —rio la exuberante Sharon.

—Te equivocas. Ese va destinado a Gladys. Un tal Wendell Unger. Un viejo verde de Cincinnati que acude a la subasta de joyas de la Locke Calley. Ha solicitado una jovencita no mayor de veinte años para que le… enseñe la

ciudad el día de su llegada a Baltimore. Las severas medidas de discreción que exige son las que me han decidido por seleccionarle. Serán un salvoconducto para nuestra seguridad. Wendell Unger es uno de los principales accionistas de la Neeley Company, especializada en joyas. Hombre de gran reputación e intachable moralidad. De ahí su prudencia que a nosotras nos beneficia. Hoy mismo le contestaremos indicando un plan que de seguro aceptará.

—Entonces soy yo la que voy a contraer matrimonio.

—Correcto, Sharon. El candidato es… —Karla McRoots rebuscó entre las hojas de la carpeta—. Aquí está. Marc Goldsmith. Treinta y cuatro años de edad. Utiliza piernas ortopédicas. Hace aproximadamente un año sufrió un accidente laboral en la Carver Steel donde prestaba servicios como ingeniero. Se demostró negligencia en la empresa y fue sentenciada a pagar a Goldsmith una indemnización de medio millón de dólares. Los ha cobrado recientemente. Lógicamente Goldsmith silencia ese dato en su ficha a la Clover Agency. Dice que trabaja como administrativo con un sueldo anual de quince mil dólares. Es falso. Actualmente no trabaja en nada. Sigue traumatizado por la doble amputación de sus piernas. Solicita una mujer alegre, optimista amante del hogar…

—Alguien que se haga cargo de su pesimismo.

—Esa es más o menos su idea. También le responderemos hoy. Si sale bien, será un buen candidato. Solo. Sin familia. Pocas amistades… Nadie llorará su muerte.

—¿Cuánto llevamos reunido?

La pregunta partió de Verna.

La señora McRoots sonrió.

—No debes ser impaciente, querida. En las últimas operaciones se han conseguido buenos ingresos, pero también hay gastos. Es muy costoso investigar cada una de las cartas que recibimos y entresacar lo verdadero de lo falso. Unos mienten en sus ingresos para no ser víctimas de posibles cazadoras de fortunas. Otros, por el contrario, fanfarronean sin tener un centavo. También el capítulo de falsificación de documentos nos ocasiona gastos. Walter Shaber sube constantemente las tarifas.

—¿No hay otro medio de conseguir esa documentación?

—No, Verna. Walter es el mejor…, y de confianza. Por experiencia sabéis que muchos de los candidatos hacen preguntas y se muestran recelosos. La documentación proporcionada por Walter, certificados de trabajo, de residencia, estudios y demás, les tranquiliza. Son gastos necesarios. Al igual

que la corresponsalía de Eyer Street. Con todo ello quiero deciros que aún nos falta mucho dinero para recuperar el trono. Asfalgor, pero debemos mostrarnos satisfechas. Hemos reunido ya mucho de lo que nos fue arrebatado.

Quedaron en silencio.

Karla se incorporó.

Su negra figura resultó marcadamente siniestra. Acentuada por la demoníaca sonrisa que asomó a su macilento rostro.

—No os quiero ver tristes, queridas. ¿Por qué no hacemos una visita al conde Asfalgor? Le agradeceremos la rapidez en el caso Kerwin Wallace. Fue todo un récord. El mismo día de la boda el muy estúpido autoriza a Verna el retirar fondos de su cuenta corriente.

Las muchachas rieron divertidas.

Siguieron a Karla McRoots…

La vieja fue hacia el mueble biblioteca pulsando un oculto resorte.

El mueble giró lentamente descubriendo una entrada hecha en la pared. Un pasadizo secreto que se iniciaba con una escalera de siete peldaños.

Karla cogió una antorcha ya encendida que colgaba a la entrada del túnel.

Iniciaron el descenso.

Tras recorrer un largo pasillo de frías paredes llegaron a una circular sala iluminada por tres antorchas.

Tres antorchas clavadas en el suelo.

En cada vértice del triángulo allí dibujado.

Próximo a un altar donde se hallaba un lienzo con el escudo de los McRoots. Junto al tabernáculo un majestuoso sillón. Un trono de satánico diseño. Sobre la artística madera del respaldo había sido arrancada una pieza. Era visible y destacable la oquedad marcada en el trono.

Las muchachas se arrojaron de bruces al suelo quedando con los brazos extendidos y las piernas entreabiertas.

Sólo Karla permaneció en pie.

Murmuró ininteligibles palabras en cada una de las antorchas del triángulo.

Luego, dirigiéndose al altar, alzó sus huesudos brazos. Agitó los dedos como si tratara de coger algo invisible.

Su aguda y desagradable voz resonó con ensordecedor eco.

—¡Oh, Gran Emperador Lucifer!… ¡Satanás, dios de la Ira!… ¡Asmodeo, príncipe de la Lujuria!… ¡Angeles Negros del Averno! ¡Permitir que vuestro fiel servidor se presente ante nosotras! ¡Invoco al poderoso Asfalgor! Al

espíritu del mal que habita en el Infierno para cumplir tus órdenes. ¡Asfalgor, conde de la lascivia y el desenfreno! Hermano del impuro Gresil, discípulo del obsceno Camal, engendrador de odios y sembrador de males… ¡A ti te invoco, Asfalgor! ¡Protector de la estirpe de los McRoots! ¡Acude a nosotras para recibir digna pleitesía!… ¡Gran Asfalgor! ¡Dueño y señor de las almas impuras! ¡*Ad Majorem Satana Gloriam*!… ¡Ven!… Ven a nosotras… Muestra el poder de los espíritus del Averno… ¡Ven, Asfalgor!… ¡Ven!…

Del centro del triángulo surgió una llamarada.

Una nube de rojizo humo que se elevó impregnando la estancia de acre hedor a azufre.

Las cuatro muchachas levantaron levemente la cabeza.

Los rostros transfigurados.

Ojos brillantes.

Contemplaron la cortina de humo que, sin disiparse por completo, permitía ver al llamado.

Asfalgor.

Sobre su desnudo pecho la calavera y las tres rosas. Rostro de monstruosas facciones. Piernas en forma de serpiente…

Sí.

Asfalgor había acudido desde el mismísimo Infierno.

Capítulo V

FRANKIE BALDWIN interrumpió el iniciado ademán de llevarse el vaso a los labios.

—¿Quieres repetir eso, Marc?

Marc Goldsmith esbozó una sonrisa.

—Has oído perfectamente. Voy a contraer matrimonio, Frankie.

—Pero… ¡eso es estupendo, Marc! ¿Quién es ella?

—Su nombre es Sharon Logan. No la conoces.

—¡Maldita sea, Marc! ¿Y tú? ¿Cuándo diablos la has conocido? Hace un mes, cuando hablamos por teléfono, no mencionaste nada relacionado con una boda.

—De aquélla aún no conocía a Sharon. Fue hace un par de semanas.

—Un noviazgo largo, ¿eh? —Baldwin sí vació ahora el vaso de whisky. Se incorporó acudiendo al mueble-bar en busca de la botella—. Cuenta, Marc. ¿Dónde fue el flechazo? Apuesto que en…

—Escribí a una agencia de matrimonio —interrumpió Goldsmith—. Así conocí a Sharon.

El vaso de whisky quedó de nuevo a medio camino.

Frankie Baldwin era poco más joven que su interlocutor.

Treinta años de edad. Rostro de correctas y bronceadas facciones. Pelo negro adornado de largas patillas. Complexión atlética.

—¿Hablas en serio, Marc?

—Por supuesto.

Baldwin sonrió.

Chasqueó la lengua moviendo la cabeza de un lado a otro.

—No…, no es verdad…, no puede ser cierto. Tú eres un tipo inteligente.

—La boda es mañana, Frankie, Estoy aquí por si quieres asistir como testigo.

Baldwin vació el vaso de un golpe.

—¿Te has vuelto loco? Todas esas agencias matrimoniales y clubs de amistad son negocios de prostitución encubierta. ¡Es del dominio público! Y si algún incauto llega a contraer matrimonio lo hace con una vulgar ramera.

Marc Goldsmith era un individuo de atractivo rostro.

Ensombreció las facciones.

—Retira esas palabras, Frankie.

—¡Al diablo con eso! ¿Por qué lo has hecho, Marc? No era necesario acudir a esa solución. Eres un tipo con recursos y puedes valerte por ti mismo. Con solo relacionarte un poco más, hacer más vida de sociedad y dejar de atormentarte con tu desgracia encontrarías cientos de mujeres dispuestas a contraer matrimonio contigo. ¡Sin necesidad de recurrir a una agencia!

—Tú no conoces a Sharon.

—Pero si conozco todos los trucos que se utilizan para engañar al prójimo. ¿Recuerdas la Carver Steel? Eran culpables de negligencia, sin embargo movilizaron toda una legión de abogados e influencias para no pagarte la indemnización. También tú acudiste a los abogados. Al grupo capitaneado por Alec Matthews. Yo también soy abogado, pero no ejerzo. Prefiero el campo de la investigación. Es mi especialidad. Descubrir los trapos sucios. Quitar el espejo que oculta la basura. Matthews me encargó tu caso. Tenía que husmear en la Carver Steel. Desenmascarar a los falsos testigos, los amañados sistemas de seguridad laboral, los informes de los corrompidos y sobornados técnicos…

—¿Adónde quieres llegar? —cortó Goldsmith, secamente—. Eres un buen investigador. Tal vez gracias a tu trabajo conseguí que la Carver Steel soltara el medio millón de dólares. ¿Y qué?

—También conseguiste mi amistad, Marc. Aunque la aceptaras a regañadientes.

Goldsmith sonrió con amarga ironía.

—Desde que me fueron amputadas las piernas me llueven ofertas de amistad. Todas ellas envueltas en compasión. De ahí que las rechace.

—Creí que me conocías mejor, Marc. También yo me he equivocado contigo. Te hacía un hombre inteligente. Incapaz de recurrir a una alcahueta para conseguir una…

Goldsmith tenía entre sus manos el vaso de whisky.

Ni tan siquiera lo había probado.

Lo vació.

Arrojando el líquido al rostro de Baldwin.

Los dos hombres enfrentaron sus miradas.

—No has debido hacerlo, Marc —sonrió Baldwin, limpiándose con un pañuelo—. Jamás se debe despreciar el whisky, pero no importa. ¿Te sirvo otro?

—Discúlpame, Frankie. No por arrojarte el whisky a la cara, sino por privarte del placer de repeler la agresión. Debí pensar en mi condición de inválido. No te preocupes. No lo divulgaré. Tu fama de hombre duro permanecerá inalterable.

Marc Goldsmith se incorporó.

Con gran esfuerzo.

Frankie Baldwin no hizo ademán de ayudar. Continuó sentado. Contemplando como Goldsmith abandonaba el salón apoyado en el bastón que le auxiliaba en el movimiento de sus piernas ortopédicas.

Segundos más tarde un seco portazo indicaba la salida de Marc Goldsmith del apartamento.

Baldwin encendió un cigarrillo.

Fue al dormitorio para cambiarse de camisa. Terminaba de abotonarla cuando sonó el llamador de la entrada.

Encaminó sus pasos hacia el living.

Por un instante alentó la esperanza de que fuera Marc Goldsmith en busca de la reconciliación.

No fue así.

—Hola, Frankie.

Baldwin entornó los ojos.

Se trataba de Sandra Fargo. Una de las secretarias del grupo de abogados de Matthews Company Investigación. La más bella de todas. Y también la más eficaz.

—Qué agradable visita, Sandra. Adelante.

La muchacha le dirigió una chispeante mirada.

—¿De veras? Me pareció leer cierta decepción en tu rostro. Apuesto que esperabas a otra chica.

—Tú jamás decepcionas, nena.

Los ojos de Baldwin recorrieron en mirada deliberadamente lujuriosa el cuerpo femenino.

En verdad digno de admiración.

Desde los sedosos cabellos castaños a la punta de los pies. Un rostro perfecto, senos prietos y erectos, cintura cimbreante, caderas prominentes…

Belleza y juventud.

La mirada de Baldwin quedó centrada en los dos salientes puntos que se marcaban bajo el jersey.

Sandra se protegió elevando el maletín que portaba en su diestra.

—Es como si me desnudaras con los ojos, Frankie. Eres un tipo viscoso, ¿sabes? Un inmoral. Sin escrúpulos. El clásico villano que seduce a las doncellas.

Baldwin le arrebató el portafolios depositándolo sobre la mesa del living.

—¿Y qué más, Sandra?

—Pues… como yo no soy doncella…

Los entreabiertos labios femeninos quedaron aprisionados por los de Baldwin. En largo y apasionado beso.

Al separarse, la muchacha arrugó instintivamente la nariz.

Pasó las yemas de los dedos por las largas patillas de Baldwin.

—Es… es whisky…

—Sí. Estuve tomando unos vasos con Goldsmith. El último me lo arrojó por encima.

—Me pareció verle salir cuando estacionaba el auto —comentó Sandra—, ¿Dices que te arrojó el whisky por encima? ¿Por qué?

Baldwin recorrió el pasillo abriendo una de las puertas.

La joven le siguió.

—Una pequeña disparidad de criterio.

Sandra rio divertida.

—No debió ser pequeña. Marc es un pedazo de pan. Recuerdo su paso por los despachos de Matthews. Incapaz de alterarse, incluso cuando las canalladas de la Carver Steel iban en aumento.

Baldwin cerró la puerta del armario.

—Ciertamente Marc es un pobre infeliz. Llegó para invitarme a su boda.

Una mueca de perplejidad se dibujó en Sandra.

—¿Boda?

—Ahá. Piensa contraer matrimonio. Mañana. Quería que yo fuera uno de los testigos.

—¡Es maravilloso, Frankie! Lo que necesitaba. Me alegro por él. Iré contigo, ¿de acuerdo?

Baldwin desvió la mirada hacia la joven.

Sandra se había sentado al borde del lecho.

—No pienso acudir a esa boda, Sandra.

—¿Por qué?

—¡Maldita sea!… El muy estúpido ha acudido a una agencia matrimonial para conseguir la novia.

Sandra parpadeó.

—¿Y qué?

Baldwin se sentó junto a la joven.

—¡Una agencia matrimonial! ¿No lo comprendes, Sandra?

Una tapadera para la prostitución o el engaño. Le han endosado a Marc una furcia con la suficiente experiencia para engatusarle y llevarlo al matrimonio.

—¿Y eso se lo has dicho a Marc?

—¿Qué querías? ¿Qué le felicitara por su decisión? Esa mujerzuela le sacará hasta el último centavo.

—Juzgas muy a la ligera, Frankie.

—¿No creerás tú en la seriedad de esas agencias?

—Opino que habrá de todo. Bueno y malo. Marc no es tonto. Si ha decidido casarse será que la chica reúne cualidades.

—¡Seguro!

—Eres tú quien no comprende, Frankie. Marc Goldsmith, amargado y acomplejado por su desgracia, recurre a una agencia de matrimonio como tabla de salvación a su soledad. Muchos en análogas circunstancias lo hacen. Hombres y mujeres con pequeños o grandes defectos físicos encuentran…

—De acuerdo. ¡Está bien! No quiero discutir contigo. Olvidemos a Marc y su estupidez. ¿Qué te parece si cenamos juntos?

—¿En Chesapeake House?

Baldwin sonrió acariciando la mejilla de la muchacha.

Deslizó la mano por el frágil cuello hasta llegar a las turgentes colinas de sus senos.

—Allí hay mucho lujo… Mejor aquí, Sandra. Del snack de la esquina puedo hacer que nos suban una cena fría. ¿Okay?

—Alec Matthews me entregó un trabajo para ti. En el maletín…

—Sé de qué se trata. No tiene prisa. Puedes ponerte… cómoda mientras voy a por una botella de champán. La guardo en el frigorífico para las grandes ocasiones.

Baldwin retornó a los pocos minutos.

Con una botella de frío champán y dos copas.

El hecho de que Sandra continuara tal y como la dejó no borró su sonrisa.

Descorchó la botella.

—Tu copa, Sandra.

La joven se incorporó.

—¿Por qué brindamos, Frankie? ¿Por el matrimonio, la amistad…? No. Eso carece de valor para ti. Mejor brindar por los prejuicios sociales. Por la

intolerancia. Por los juicios temerarios. Por el placer de romper las ilusiones. Por derrumbar esperanzas…

—¡Maldita sea! ¿A qué viene todo eso? Precisamente por mi amistad hacia Marc tenía el deber de advertirle de que iba a ser víctima de una alcahueta y de una vulgar ramera.

Sandra apretó con fuerza un destello de ira.

—¿Le has dicho eso?

—Naturalmente. Tenía que…

El champán estaba en su punto.

Tal vez demasiado frío para el gusto de Baldwin.

Claro que aquélla no era forma de tomarlo, pero no tuvo elección.

Sandra había sido demasiado rápida.

En arrojarle el champán y en abandonar el apartamento.

Frankie Baldwin, tras permanecer unos instantes inmóvil, acudió cansinamente hacia el armario en busca de una segunda camisa.

Capítulo VI

WENDELL UNGER se mostraba satisfecho.

Las medidas adoptadas por el Venus Club eran dignas de una película policíaca; pero aquello le agradaba.

Todas las precauciones eran pocas.

Wendell Unger gozaba de intachable reputación. Tanto en la Neeley Company como en su propio hogar. Todo Cincinnati conocía las virtudes y moral de Unger. Él se había cuidado de mantenerla. Su cara oculta no la sospechaba ni el más íntimo colaborador o amigo.

Sí.

Wendell Unger estaba complacido.

Chicago, San Francisco, Los Angeles… En ninguna ciudad había encontrado tan riguroso control. Ni tan siquiera en los refinados y discretos servicios de… azafatas en Nueva York.

A su llegada al Friendship International Airport de Baltimore acudió a la caja de seguridad ya solicitada desde Cincinnati. Allí encontró el sobre del Venus Club. Tal como había indicado. Toda su correspondencia de aquel apartado.

Memorizó el plan del Venus Club destruyendo seguidamente la carta.

Dudó con la fotografía.

Un primer plano de un rostro femenino.

Dulce, angelical…

Wendell Unger lo contempló largamente. Sin ocultar el lascivo brillo que asomó a sus ojos.

Sobre la fotografía un nombre.

Gladys.

Unger rompió también la fotografía. Era su norma. Ningún indicio. Nada comprometedor en los bolsillos.

Acudió al hotel Lord Baltimore donde ya tenía plaza reservada. Tras cambiarse de ropa una visita de cumplido a la Locke Gallery para conocer las últimas novedades de cara a la exposición del día siguiente.

Almuerzo con otros colegas.

Despedida hasta el día siguiente y…

Empezaba su aventura en Baltimore.

«Visita al Ritt Museum. Hora: cinco p.m.»

Wendell Unger odiaba los museos, pero reconocía que era un buen lugar para una cita.

Los museos siempre estaban desiertos.

Llegó a la hora convenida en la carta. Abonó la carrera del taxi deteniéndose unos minutos en la calzada de Allen Street. Como si dudara en entrar al Ritt Museum. No era así. Únicamente se limitó a inquisitivas miradas.

Penetró en el edificio.

«Salón Azul.»

Eso fue lo indicado por el Venus Club en la carta.

Y allí estaba la muchacha.

Gladys.

Wendell Unger quedó con la boca entreabierta.

La fotografía enviada sólo mostró su rostro.

Lo más interesante era ahora devorado por la lujuriosa mirada de Unger.

Gladys estaba frente a uno de los cuadros del Salón Azul. Lucía un juvenil vestido muy favorecedor.

Su mirada sé encontró con la de Unger. Aunque estaban solos en la sala, no pronunciaron palabra alguna.

Gladys dejó el folleto sobre la mesa abandonando el salón.

Wendell Unger acudió de inmediato. Entre las hojas del programa del Ritt Museum estaba la nota. Muy breve.

«Lewis Avenue. Mustang rojo. Le espero.»

Unger encendió un cigarro.

Haciendo caso omiso a la prohibición indicada en todas las salas del museo. Inconscientemente lo arrojó apenas dadas un par de chupadas.

Abandonó el Ritt Museum.

La Lewis Avenue era uno de los cruces con Allen Street.

Divisó el Ford «Mustang» color rojo.

Gladys al volante.

Wendell Unger se introdujo en el vehículo.

El «Mustang» inició de inmediato la marcha.

—Bien venido a Baltimore, señor Unger —le sonrió Gladys, sin desviar la mirada del parabrisas.

Wendell Unger no contestó.

Había introducido su diestra en el bolsillo interior de la chaqueta para sacar un extraño objeto circular. Semejante a una brújula, aunque de más complicado mecanismo.

Después de observarlo unos segundos, rio cascadamente.

—Llámame Wendell, pequeña. ¿Sabes qué es esto? Un detector de micrófonos ocultos. También descubre cámaras. Es un artículo no comercializado. Me costó mucho dinero conseguirlo.

—¿Acaso temías que…?

—Hay gente muy mala, pequeña. No sería el primer caso de chantaje. Grabación de una conversación íntima, filmar una escena de cama…

—La primera norma del Venus Club es la de asegurar total discreción al cliente.

—He estado anteriormente en Baltimore, pero jamás oí hablar del Venus Club. Si quedo complacido no lo olvidaré para mis próximas visitas.

Gladys ladeó fugazmente la cabeza.

Dirigiendo a Unger una intensa mirada.

—Quedarás satisfecho del… servicio.

Unger sintió reseca la garganta.

Pese a su dilatada experiencia amorosa, aquella muchacha le excitaba con una sola mirada de sus azules ojos.

—¿Qué edad tienes, nena?

—Dieciocho años.

Unger hizo una mueca.

Él ya había cumplido los setenta y dos. Su rostro plagado de arrugas que en vano se esforzaba por disimular. Manos sarmentosas. Pelo postizo. Al igual que la dentadura.

Pero Wendell Unger estaba forrado de dólares.

Y eso, pese a su decadente senectud, le permitía disfrutar de jovencitas como Gladys. Someterlas a sus caprichos. Doblegarlas a los más depravados actos.

Sí.

Con dinero se podían conseguir grandes cosas.

—¿Dónde vamos? Nos estamos alejando del centro…

—Al castillo. ¿No estás de acuerdo? Se te indicaba en la carta.

—Sí, lo recuerdo. El castillo de los McRoots. Un motel, ¿no?

—¿Un motel? ¡Oh, no!… Jamás nos hubiéramos atrevido a sugerirlo. Eso queda para otros clientes. Tú solicitabas, sin reparar en gastos, el máximo servicio. En todos los órdenes. Vamos a un verdadero castillo. Deshabitado,

por supuesto. Tú y yo solos. Sin la posible indiscreción o sorpresas que suele surgir en los hoteles.

—Se indicaba un precio tope de mil dólares. No pienso soltar un centavo más.

El «Mustang», hábilmente conducido por Gladys, se alejaba del Leakin Park.

La muchacha frenó hasta detener el vehículo.

—Un momento, Wendell… No es costumbre del Venus Club presionar al cliente. Podemos ir a un hotel. Utilizamos el castillo en especiales ocasiones. Sólo con clientes de categoría. Puedo sugerir algunos hoteles de confianza. Te ahorrarás unos doscientos dólares.

Unger posó su diestra sobre la rodilla izquierda de la joven.

Sonrió maliciosamente.

—Nunca he celebrado una orgía en un castillo. Promete ser divertido, ¿verdad?

Wendell Unger introdujo su mano bajo la falda. Acarició el muslo femenino enfundado en finos pantys. Percibió el calor de la piel a través del nylon. Sus dedos tropezaron con el encaje del slip.

Gladys se ladeó.

Aprisionando entre sus muslos la mano de Unger.

Se volcó sobre él besándole en la boca. Con los labios entreabiertos. Ardientes. Devoradores. Lascivos…

Un sensual beso de inmediato compartido por Unger.

Se separaron al oír un claxon.

Gladys alisó la falda tomando de nuevo el volante.

Sonrió al ver como Wendell Unger, con el rostro congestionado, llevaba su diestra a los labios. Olfateando la yema de los dedos.

—Sí, Wendell… Será una velada divertida… Muy divertida…

—¿A qué esperas?

Wendell Unger forzó una sonrisa.

—Estaba… estaba mirando ese árbol.

—Sí. Tiene una forma extraña, ¿verdad? Esas dos ramas extendidas, las raíces asomando… Como un gigante que fuera a abrazarnos.

Unger denegó con un mecánico movimiento de cabeza.

Su mirada fija en el árbol cercano a la muralla del castillo.

—No es su forma lo que me sorprende, Gladys. Fíjate… No sopla la menor brisa. Las hojas de los árboles en reposo. Inmóviles. Todas… a excepción de las de ese árbol. Míralo… es como si unas manos invisibles lo zarandearan.

—Muy curioso. ¿Entramos o prefieres la botánica?

Unger rio nerviosamente.

—Me ha llamado la atención… Es extraño… También el castillo me parece algo…

—¿Siniestro?

—Sí. Esa es la palabra.

—Las habitaciones son muy confortables, Wendell. En cuanto al árbol…, de seguro hay una explicación. Tal vez aguas subterráneas, una corriente de aire… ¡Yo qué sé!

Entraron en el castillo.

Gladys tomó el candelabro.

—Maldita sea…, ¿no hay luz eléctrica?

—Sólo en las habitaciones. Hay que subir una escalera donde no llega la claridad exterior.

—Reconozco que la idea del castillo es de lo más discreta, pero no pasaré la noche aquí.

La muchacha no hizo comentario alguno.

Comenzaron a subir la escalera.

El sensual movimiento de caderas de Gladys era todo un espectáculo, pero Unger no le prestó atención.

Sus ojos contemplaban los cuadros, armaduras, objetos de arte…

—¿De quién es el castillo?

—De la señora McRoots. Es la única descendiente de los McRoots de Inglaterra.

—¿Cómo diablos lo alquila al Venus Club? Aquí hay objetos de gran valor.

Gladys se detuvo frente a una de las puertas del corredor.

—La señora McRoots es también la directora del Venus Club.

—¡Una aristócrata metida a alcahueta! —Rio Unger, con sarcasmo—. Tiene gracia.

Gladys también sonrió.

Una sonrisa que, de ser vista por Unger, le hubiera hecho palidecer.

—¿Qué te parece, Wendell?

El estupefacto Unger no daba crédito a sus ojos.

Maravillado por las riquezas allí encerradas. Un aposento digno de un emperador. Cuadros, artísticos espejos, porcelanas, figuras, candelabros, cortinajes…

—Es inaudito… Apuesto que esa tal señora McRoots ignora lo que aquí esconde.

Gladys había cerrado la puerta. Después de accionar el interruptor de la luz sopló sobre los tres cirios del candelabro.

Wendell Unger estaba junto a la cama de dosel.

Deslizó su diestra por el dibujo bordado sobre el sedoso edredón.

—¿Es un escudo?

—Ahá. El de los McRoots. ¿Quieres beber algo? Creo que tenemos whisky, brandy y champán.

—No… ahora no —respondió Wendell Unger, absorto—. Este cuadro parece un Hogarth…

Gladys se colgó ágilmente de una de las columnas de la cama de dosel para saltar sobre el lecho.

Riendo a carcajadas.

—¡Eh, Wendell!… ¡Estoy aquí! ¿Te has olvidado de mí?

La muchacha se dejó caer.

La mullida cama la hizo rebotar levemente. Quedó con las piernas al descubierto. La falda del vestido replegada en su totalidad.

Y Wendell Unger se olvidó de todos los objetos de arte que proliferaban por la estancia.

Bueno…, no de todos…

Gladys podía considerarse como una auténtica obra de arte. Con su perfil de belleza griega. Su escultura! cuerpo de diosa pagana. Sus cabellos de fuego. Sus ojos azules…

—Pequeña…, pequeña…

La voz de Unger gutural.

Ronca.

Quebrada por la pasión.

Gladys se despojó del vestido con pasmosa facilidad y rapidez. Quedó con un reducido sujetador, minúsculo slip y los pantys de nylon.

Apoyando la espalda sobre el lecho alzó las caderas para deslizar los finos pantys.

—Déjame a mí, pequeña —jadeó Unger, desprendiéndose de la chaqueta y aflojando el nudo de la corbata—. Yo seguiré…, déjame…

Las medias habían quedado a mitad del muslo.

Wendell Unger las fue bajando.

Lentamente.

Sus manos se cerraron en torno a los tobillos femeninos. Iniciaron el ascenso. Acariciando la suave piel. Salvando el tenue saliente de las torneadas rodillas para adentrarse en el turbador recorrido de los largos y esbeltos muslos.

Los rugosos dedos de Unger se introdujeron bajo el elástico del slip.

La muchacha alzó de nuevo las caderas para que Unger se apoderara de la reducida prenda.

Estrujó entre sus manos el negro encaje.

Sedoso.

Cálido.

Dotado de embriagador e íntimo aroma.

Con el sujetador fue menos delicado.

Le arrancó la pieza de un tirón.

Ya totalmente dominado por el deseo y la lujuria.

Se abalanzó sobre la muchacha. Sus temblorosas manos aprisionaron los breves y duros senos. Con saña. Hundiendo las uñas en la turgente carne femenina.

El gemido de la joven enardeció aún más a Unger.

Aproximó su rostro al de Gladys.

Un hilillo de baba resbaló por la comisura de sus labios instantes antes de besar a la muchacha.

Wendell Unger se incorporó bruscamente.

Enfebrecido por la pasión.

Con torpes y nerviosos movimientos comenzó a desabotonar la camisa tras desprenderse de la corbata.

Gladys también se levantó del lecho.

Sonriendo.

Sensual.

—Ahora te ayudaré yo, Wendell.

—Eres una deliciosa…

Unger se interrumpió agrandando los ojos.

Quedó con la boca entreabierta.

Parpadeó.

—¿Qué… qué es eso?

Wendell Unger señalaba un objeto brillante que asomaba bajo la almohada del lecho.

Gladys lo cogió.

Rio en sonora carcajada.

—La señora McRoots hizo bien en dejarlo bajo la almohada. Me hubiera olvidado de él por completo. Es una de las joyas de la familia. Me ordenó que te lo ofreciera en venta, por si es de tu interés. La señora McRoots sabe que te dedicas a la compra-venta de joyas.

Wendell Unger le había arrebatado el brazalete de brillantes, zafiros y rubíes. En magistral diseño.

—Es… es fabuloso… Una pieza única. ¿Cuánto quiere por él?

—Cincuenta mil dólares.

Unger bizqueó.

La mueca de su rostro fue mal interpretada por Gladys.

—¿Te parece mucho? La señora McRoots me advirtió que no aceptaría menos de los cuarenta mil dólares.

Las manos de Unger temblaron al acariciar la joya.

Más excitadas que cuando recorrían el cuerpo de Gladys.

También el brillo de codicia en sus ojos era superior al despertado por la lujuria.

Por aquella joya, aun sin valorar el artístico trabajo y antigüedad, se podía pagar hasta medio millón de dólares.

—Quiero comprarla, Gladys. Ahora mismo. ¿Dónde puedo encontrar a la señora McRoots? ¿Tiene más joyas en venta?

La muchacha hizo un mohín de disgusto.

—Oye, Wendell…, ¿qué hay de lo nuestro? Lo hemos dejado en el momento más interesante.

—¡Al diablo con eso! No te preocupes por tu porcentaje. Pagaré los mil dólares, pero ahora me interesa hablar con la señora McRoots.

—Si te interesa saber si quiere vender más joyas, la respuesta es afirmativa.

—¿Dónde está? ¡Necesito hablar con ella!

—La señora McRoots me advirtió que no realizaría venta alguna sin recibir el pago en efectivo.

Unger asintió con impaciencia.

—En la caja de seguridad del aeropuerto tengo doscientos cincuenta mil dólares en efectivo y cheques tan seguros como…

—Sólo dinero en efectivo —interrumpió la muchacha—. Me lo recalcó con mucha insistencia, Wendell. Es desconfiada, ¿sabes? Es una vieja anticuada que recela de los pagarés, cheques y demás. ¿Un cuarto de millón?

Te aconsejo que lo saques todo de esa caja fuerte. La señora McRoots tiene un cofre lleno de joyas. Aderezos, broches, brazaletes, sortijas, pendientes, collares…

El nerviosismo de Unger iba en aumento.

La codicia ya le dominaba por completo.

—Te daré una buena comisión, Gladys. Si todo sale bien seré generoso. ¿Dónde puedo localizar a la señora McRoots?

—Espera aquí. Bajo a telefonear al despacho.

La muchacha se envolvió con una de las sábanas del lecho antes de abandonar la estancia.

Retornó a los pocos minutos.

Wendell Unger desvió su ambiciosa mirada del brazalete.

—¿Y bien?

Gladys sonrió.

—Te invita a cenar, Wendell. Aquí. En el castillo. Dentro de tres horas. Tenemos tiempo de ir y volver al aeropuerto.

—¿Aquí? Creí que el castillo no lo habitaba…

—La señora McRoots tiene una pequeña casa en Hulee Hill. Muy cerca de aquí. El citarte en el castillo es sin duda para ofrecerte alguna otra cosa más que pueda interesarte. Aquí hay cosas muy valiosas.

—Me acompañarás, ¿verdad? Soy muy mal conductor y no conozco bien la zona.

—Por supuesto, querido. Tu tarifa es de servicios completos.

—Lamento haber interrumpido…

—No te preocupes —Gladys procedió a vestirse—. Estoy acostumbrada a todo. Si confías en mí, puedo incluso ir sola al aeropuerto y retirar el dinero de esa caja de seguridad. Tú me esperas aquí y…

—Sería una buena idea, pero imposible. La caja de seguridad únicamente se abre posando la palma de mi mano derecha sobre una placa ya programada. Date prisa. ¿Estaremos de regreso en tres horas?

—Seguro. Tan solo ocho millas nos separan del Friendship International Airport. La señora McRoots comprendería además cualquier demora.

Wendell Unger contempló por enésima vez el brazalete.

Ignoraba que iba a realizar un pésimo negocio.

Doscientos cincuenta mil dólares por morir era un precio muy alto.

Capítulo VII

NOCHE en el castillo de los McRoots.

Sólo la codicia pudo cegar de tal forma a Wendell Unger. No le importó la fantasmal oscuridad que envolvía la mansión. El siniestro ulular del viento entre las ramas de los árboles. El lastimero eco que se extendía por todos los rincones…

Sí.

La ambición cegó a Unger hasta el extremo de no impresionarle la enlutada figura de Karla McRoots; aunque también es verdad que quedó contrastada por la presencia de aquellas cuatro bellezas.

—Ha sido una cena estupenda, señora McRoots. ¿Qué le parece si hablamos de negocios?

Karla bebió a pequeños sorbos.

Depositó lentamente la copa para acto seguido limpiarse los labios con una bordada servilleta.

Sonrió fijando sus saltones ojos en Wendell Unger.

—Es muy impaciente, amigo Unger. ¿No se encuentra bien entre nosotras?

Unger se reclinó en la regia silla.

La longitudinal mesa le separaba de la señora McRoots. A su derecha se sentaban Gladys y Sharon. A la izquierda quedaban Verna y Kathrin.

—Señora McRoots…, puedo jurarle que jamás he estado mejor acompañado. Esta suntuosa sala tampoco será fácil de olvidar, pero la belleza de sus…

—Discípulas.

—Ah, sí…, sus discípulas. Todo digno de un rey, pero yo soy un vulgar hombre de negocios. La gentil Gladys me acompañó hasta el aeropuerto donde retiré un maletín conteniendo doscientos cincuenta mil dólares. Ese dinero lo destinaba a la subasta de joyas de la Locke Gallery que tendrá lugar mañana. Una pequeña cantidad para adquisiciones en efectivo. Para compras importantes estoy autorizado a firmar cheques de la Neeley Company. También han quedado en la caja de seguridad del aeropuerto joyas de la

Neeley Company que de seguro mañana serán vendidas. Pertenezco a una empresa líder en el comercio de joyas.

—No me interesan las joyas de la Neeley Company.

Unger sonrió.

—Por supuesto, señora McRoots. Tampoco se las estoy ofreciendo. Sólo le contaba la solvencia de la Neeley Company. Si desea desprenderse de joyas por un valor superior a los doscientos cincuenta mil dólares que llevo en efectivo, le garantizo que los cheques…

—¿Podemos servir el segundo plato, señor Unger?

La intervención de la demoníaca vieja hizo parpadear a Wendell Unger.

Reaccionó un poco molesto por la interrupción.

Difícilmente ocultaba su impaciencia por ver las joyas de la anciana.

—Creí que ya había concluido la cena… El exquisito estofado de carne ha sido más que suficiente para mí.

—Celebro que le haya gustado el estofado de rata. Es una especialidad de Sharon.

Olvidemos entonces el segundo plato y pasemos al postre. Kathrin…

—Enseguida, señora McRoots.

Kathrin se incorporó abandonando el espacioso salón.

Una mueca de estupor se había reflejado en el rostro de Unger.

Contempló a Sharon, Gladys y Verna.

Las tres sonrientes.

Wendell Unger juraría haber oído…

«Estofado de rata.»

Sí.

Eso dijo la señora McRoots.

Unger centró ahora su mirada en la vieja.

Por primera vez se percató de que tenía el aspecto de una bruja en pleno aquelarre.

Estofado de carne…

Imposible.

Por fuerza tenía que haber oído mal.

Cierto temor se adueñó de Wendell Unger.

¿Y si la tal señora McRoots estuviera loca? ¿Podía legalmente vender sus joyas?

—¿Le preocupa algo, amigo Unger?

Wendell Unger dio un respingo.

Forzó una sonrisa.

—Oh, no… Simplemente pensaba. Las joyas que quiere vender…, ¿son suyas? Quiero decir si tiene algún documento que acredite…

La aguda y chirriante voz de Karla pareció alterada.

—¡Son joyas de los McRoots! Pertenecen a la familia desde más de cien años. Mi abuelo, dueño y señor del condado de Asfalgor, se las cedió a mi padre. ¡Y yo las heredé!

—¿Condado de Asfalgor?… ¿En Inglaterra?

—¡En el Infierno!

Wendell Unger chasqueó la lengua apesadumbrado.

—No era mi intención molestarla, señora McRoots; pero debe comprender mi postura. Las joyas que le compre serán posteriormente vendidas o figuraran en el pequeño museo de la Neeley Company. Necesito una cierta garantía. Redactaré un documento de compra que firmará usted y dos de…, de sus discípulas como testigos. ¿De acuerdo?

La llegada de Kathrin cortó la posible respuesta de la anciana.

La joven portaba una bandeja de plata conteniendo seis pequeños platos de fina porcelana junto con igual número de cucharillas de postre.

Karla fue servida en primer lugar.

Luego Wendell Unger.

—¿Qué… qué es esto?

—Mi especialidad, señor Unger —sonrió Kathrin, con deliciosa mueca de coquetería—. Espero que le guste.

Unger palideció sin ocultar su repugnancia.

—Parecen… cucarachas. Se mueven.

—No lo parecen —dijo Karla—. Son cucarachas. Por el grosor de su abdomen podrá comprobar que son hembras. Un plato para verdaderos sibaritas, amigo Unger. Sólo lo servimos en contadas ocasiones.

Sí.

Aún estaban vivas, aunque con las patas requemadas. Cucarachas panzudas. De unos tres centímetros. Color grisáceo… Se removían unas contra otras en el plato originando un espeluznante sonido.

—No… no me gustan.

—No diga eso, señor Unger —protestó Kathrin—. No las ha probado.

—Demuestra muy mala educación —censuró severamente Karla—. Y está ofendiendo a la pobre Kathrin. ¡Después de que se tomó la molestia de freirías! No es justo, ¿verdad, querida?

—No, no lo es —rio Verna, coreada por sus compañeras—. Y el señor Unger merece una lección. Comerá su plato…, y el de todas nosotras.

Kathrin cogió la bandeja volcando sobre ella el contenido del plato de la señora McRoots. Hizo otro tanto con los de sus compañeras.

—Una cuchara grande, Kathrin —aconsejó Gladys—. ¡Así terminaremos antes!

Wendell Unger las contemplaba con incrédulos ojos.

Estupefacto.

Ni tan siquiera reaccionó cuando vio aproximarse a Kathrin con la bandeja. Acompañada de Verna, Gladys y Sharon.

—Es… es… una broma.

Fueron sus únicas palabras.

Las cuatro muchachas actuaron muy compenetradas. Como si realizaran un acto ensayado infinidad de veces.

Sharon y Verna sujetaron con fuerza los brazos de Unger. No les resultó difícil inmovilizar a un hombre de setenta y dos años.

Gladys, tras el respaldo, le aferró los cabellos.

—¡Eh, chicas! —exclamó jocosamente Gladys alzando el postizo—. ¡Mirar! ¡Lleva peluca!

Rieron en estridentes carcajadas.

Wendell Unger abrió la boca para gritar.

No pudo.

Kathrin aprovechó para introducirle la primera de las cucharadas. Repleta hasta los bordes.

Unger, con la cabeza hacia atrás y sujeta por las manos de Gladys, trató de escupir aquellos nauseabundos insectos.

Y al intentarlo se encontró con la segunda toma.

Gran número de cucarachas resbalaron de su boca.

Gladys le taponó la nariz.

El ahogo de Unger le hizo abrir la boca. Una tercera cucharada servida sádicamente por Kathrin.

Ya formaban un amasijo en la boca de Unger.

Y se vio obligado a tragar.

Masticó y tragó ávidamente para que el aire llegara a sus pulmones.

Sin tregua por parte de Kathrin.

Los ahogados estertores coreados por las carcajadas de las muchachas. En demoníaca risa.

Karla McRoots, desde el otro extremo donde presidía la mesa, contemplaba la escena con morboso placer.

La bandeja quedó limpia.

Seis raciones engullidas por Unger.

Sólo entonces le soltaron.

Wendell Unger se inclinó pesadamente sobre la mesa. El rostro deformado. Se había desencajado la mandíbula. Presa de fuertes arcadas vomitó aparatosamente sobre el mantel.

—Maldito cerdo —graznó Karla, con su aguda voz—. Sacarle de aquí. ¡Arrojarle a la fosa! Las ratas disfrutarán con su duro pellejo.

Las cuatro muchachas arrastraron a Unger como si fuera un pelele.

—Sharon…

—¿Sí, señora McRoots?

—Tú no debes demorarte. Tienes que marchar a Baltimore para preparar el ajuar. No olvides que mañana celebras matrimonio con Marc Goldsmith.

Capítulo VIII

LOS platos combinados mejor olvidarlos. El beefsteak podía salir crudo o requemado. Los sándwiches deleznables. Para comer mal, el Pessoa era único.

El local tampoco resultaba gran cosa. Un mostrador con taburetes, salón-comedor al fondo y sala de té en el piso superior. Decoración tirando a vulgar.

Frankie Baldwin era cliente fije.

—Janet…

—¿Sí?

—Te felicito. Hoy el beefsteak estaba deliciosamente crudo, los trocitos de jamón tostados y los guisantes parecían perdigones. Eres un encanto. El hombre que se case contigo tiene asegurado el cielo.

—Voy a ruborizarme, Frankie.

Baldwin sonrió.

No.

Janet no se ruborizaba con facilidad.

Janet.

Lo único bueno del Pessoa. El más exquisito de los manjares. El más bello decorado. Contemplando aquella belleza se olvidaba uno de los nauseabundos platos combinados, de los resecos sándwiches y del lamentable beefsteak.

Janet había cumplido los veintiocho años de edad. Su rostro era un canto a la sensualidad. Cuerpo compacto. Macizos senos. Prietas caderas…

—¿Café, Frankie?

¡Ah, el café del Pessoa!…

Deliciosa agua coloreada con penetrante aroma a trapo mojado.

—No me siento con fuerzas para ello, Janet. Tomaré un brandy.

La mujer se aupó para alcanzar una botella de la estantería.

Lucía un vestido negro satinado. Muy cortito. Abotonado por delante. Se protegía con un níveo delantal de anchos tirantes anudados al cuello. Hasta alcanzar la botella mantuvo la falda muy por arriba de su nivel normal. Mostrando parte de los muslos enfundados en oscuras medias.

Sirvió la copa de brandy.

Baldwin consultó el digital de su reloj de pulsera.

—Prepara la cuenta, Janet. De un momento a otro pasará Brad Hopkins a buscarme.

Janet tomó papel y lápiz.

—Entremeses, el beefsteak, dos jarras de cerveza… Dame quince dólares.

La mujer no había realizado apunte alguno. El lápiz sólo lo utilizó para mordisquearlo.

—¿Quince?… ¿No te has equivocado?

Janet se acodó en el mostrador. Deslizó el lápiz por los carnosos labios. Dirigiendo a Baldwin una sensual mirada.

—Puede que sea más, pero no importa. Hoy me siento generosa.

Frankie Baldwin sonrió.

Depositó los quince dólares.

—Sigue así y pronto ahorrarás para el «Rolls Royce».

—No seas tacaño, Frankie —recriminó la mujer, guardando el dinero en la caja—. Para compensarte pondré tu canción preferida en la máquina, ¿de acuerdo? Eso te hará amena la espera.

Janet abandonó el mostrador.

El local estaba desierto. La hora del almuerzo ya había quedado atrás, aunque para rezagados como Baldwin las Steak House no cerraban sus puertas.

La máquina tragaperras estaba en uno de los rincones.

—¡Eh, Frankie!… ¿Tienes una moneda de veinticinco centavos?

—Me lo estaba imaginando —sonrió Baldwin, avanzando hacia la mujer.

Janet tecleó en la máquina después de introducir la moneda.

Sonó la música.

—¿Qué infiernos es eso? Mi canción favorita…

—Lo lamento, amor. Ya no queda ningún tema de Mary Poppins —rio Janet, divertida—. Estos son los Village People. Un sexteto que canta muy bien.

Baldwin había llevado un cigarrillo a los labios.

Buscaba el encendedor, cuando Janet le arrebató el cigarrillo arrojándolo al suelo.

Se miraron a los ojos.

Janet se apoyó en la máquina tragaperras. Los tirantes del delantal, como siempre, desplazados por los prominentes senos que tensaban al máximo la tela del vestido.

Frankie Baldwin colocó las manos bajo las axilas de la mujer.

Besó los labios que ya le esperaban entreabiertos y húmedos. Sus lenguas iniciaron lujuriosa batalla.

Las manos de Baldwin abandonaron el cálido refugio pasando a los exuberantes senos femeninos que amasó una y otra vez. Sin interrumpir los volcánicos besos.

Janet también hizo actuar su mano derecha.

El tintinear de la puerta de entrada les obligó a separarse con brusquedad.

Maldijeron al unísono.

Llevándose Janet el premio a la palabra más soez.

—Siempre tan oportuno, Brad —masculló Baldwin, avanzando hacia el mostrador.

Brad Hopkins, detective también al servicio de la Matthews Company Investigation, sorprendió a Janet alisando el vestido y abotonando algunos de los cierres superiores. Desvió la mirada hacia Baldwin.

—Y vosotros siempre en lo mismo. Un día se te cortará la digestión, Frankie. Debes cuidarte.

—¡Adiós, Janet! —Se despidió Baldwin, empujando a su compañero—. En marcha, Brad. Si fueras más puntual no interrumpirías escenas escabrosas.

—No es culpa mía, sino del jefe. Ya no tenemos que ir a Washington.

Abandonaron el local.

Brad Hopkins abrió la portezuela de «Buick».

—¿Qué quieres decir, Brad?

—Asunto concluido. Samuel Lawistsch ha retirado la orden.

—Pero… Ya teníamos demostrado el desfalco de su empresa y descubierto al culpable.

—Correcto, Frankie. Sólo que Lawistsch y el culpable han llegado a un acuerdo. La Matthews Company Investigation queda fuera. El jefe les pasará la factura y solucionado.

—Hatajo de bastardos…

Se acomodaron en el interior del vehículo.

—No te quejes, Frankie. El jefe, al cancelarse el caso, nos ha concedido tres días de permiso. ¿Dónde quieres que te lleve?

—Maldita sea… De saber esto hubiera continuado con Janet.

Hopkins rio a carcajadas.

—Cualquier día de estos os sorprenderán sobre una de las mesas. ¿Imaginas la cara del jefe al enterarse de que uno de sus mejores detectives ha sido detenido por escándalo público, atentados a la moral y…

—Un momento, Brad. Fuiste tú quien me recomendaste el Pessoa.

—¿De veras? Bueno…, es posible. Está cerca de la Matthews Company Investigation y sirve unos magníficos platos combinados.

Rieron a dúo.

El «Buick» enfiló hacia Mulberry Street. Bordeando el Edgar Allan Poe Home.

—¿A casa, Frankie?

Baldwin encendió un cigarrillo para acto seguido echar una rápida mirada al reloj.

—Tengo mi auto en el parking subterráneo del edificio, pero no es necesario que me lleves hasta allí.

—Es un corto desvío. Yo también voy a casa. Buena sorpresa se llevará Dorothy. Esta mañana me despedí de ella prometiendo telefonearla desde Washington, y ahora me presento con tres días de permiso.

Baldwin exhaló una bocanada de humo.

Sonrió burlón.

—Recuerdo a un amigo que también se presentó inesperadamente en casa para dar una sorpresa a su mujer. El sorprendido fue él, al verla correteando desnuda con el cartero.

—Sigues odiando el matrimonio, ¿eh?

—Seguro.

—No te falta razón.

Baldwin desvió la mirada hacia su compañero.

Borró la irónica sonrisa de su rostro.

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso no eres feliz con Dorothy? Es una chica maravillosa que…

—Oh, sí. Lo soy, Frankie. Llevamos ya casi un año de matrimonio y todavía no nos hemos tirado los platos a la cabeza. Mi comentario fue debido a Marc Goldsmith.

—¿Goldsmith?… ¿Qué ocurre con él?

Brad Hopkins frenó ante un stop de la longitudinal Mulberry Street.

Aprovechó para encender un cigarrillo.

—Tú llegaste a entablar cierta amistad con Marc, ¿verdad?

—Me ocupé de su caso. Marc Goldsmith se mostró muy agradecido porque demostramos la negligencia de la Carver Steel. Le conseguimos una indemnización de medio millón de dólares.

—Lástima de trabajo.

—¿Por qué?

Hopkins reanudó la marcha del vehículo.

Chasqueó la lengua mientras movía la cabeza de un lado a otro.

—No todos son afortunados en el matrimonio. Recuerdo que me comentaste la boda de Marc, ¿Cuándo fue?

—Pues… Hace unos doce o quince días. Yo estaba en… Catorce días. Sí. Fue el ocho. Lo recuerdo por la llegada de Sandra con el dossier del caso Salkow. Al día siguiente era la boda de Marc.

—Catorce días. Todo un récord.

—¿No me irás a decir que ya se han divorciado?

—No. Algo peor. Su esposa ha retirado todo el dinero del Banco. La cuenta corriente de Marc Goldsmith ha quedado reducida a ochenta y cuatro dólares con cincuenta centavos.

El 2.017 de la Bergen Avenue. Un edificio colmena. Uno más en la populosa zona del Kidder Park.

Hopkins había estacionado en doble fila.

—No sé qué más puedo decirte, Frankie. Fue una conversación que capté al azar cuando entré en el despacho del jefe. Ya sabes que el banquero Reeve es muy amigo de Matthews. Apuesto que fue el jefe quien aconsejó a Marc Goldsmith que ingresara el dinero en el Banco de Reeve.

—Seguro.

—Pues ahora Genne Reeve estaba lamentándolo con el jefe. La cuenta de Goldsmith había quedado reducida a ochenta y cuatro dólares con cincuenta centavos. En tan solo tres días. Anteayer un cheque, ayer otro y hoy un tercero que dejó el saldo en esos míseros dólares. Goldsmith había invertido algo de la indemnización en la compra del apartamento, un par de autos, acciones…, poca cosa. En esos tres cheques se retiraron cerca de los cuatrocientos mil dólares. Tres cheques firmados por la esposa de Goldsmith. Le otorgó autorización hace ocho días.

—Cinco después de la boda.

—Sí. Se presentaron en el Banco. Radiantes de felicidad. Los recibió el mismísimo Reeve que, al ser informado de la reciente boda, les dedicó su cordial felicitación. No le hizo mucha gracia lo de autorizar la firma a la flamante señora Goldsmith. Llevó a Marc a un despacho contiguo y trató de convencerle. No fue posible. Marc estaba decidido.

—Al ver retiradas tan importantes cantidades debió comunicarse con Goldsmith.

—Lo intentó. Telefoneó cuando el primer cheque, el segundo determinó que Genne Reeve se trasladara personalmente al domicilio de Goldsmith. No estaba allí. No hay rastro de él. Tal vez siga en plena luna de miel.

Frankie Baldwin quedó en silencio.

La expresión de su rostro inquietó a Hopkins.

—¿Qué te ocurre, muchacho?

—Nada. Sólo sorprendido del grado de estupidez que puede alcanzar el ser humano.

—Marc es un tipo inteligente. Resulta extraño que…

—No, Brad. Todo lo contrario —interrumpió Baldwin, abriendo la portezuela del auto—. Los listos son más fáciles de engatusar. ¡Recuerdos a Dorothy!

—¿Quieres cenar con nosotros?

Frankie Baldwin, ya fuera del «Buick» sonrió.

—Se agradece, Brad; pero el ambiente familiar me deprime.

Hopkins correspondió a la sonrisa de su compañero para seguidamente alejarse por la Bergen Avenue.

Frankie Baldwin permaneció unos instantes en la calzada.

Su mente no acababa de asimilar lo ocurrido con la fortuna de Goldsmith. Tenía que haber una explicación.

Baldwin no acudió a su apartamento, sino que encaminó sus pasos al parking del edificio.

Poco más tarde conducía su aerodinámico «Corvette» por las calles de Baltimore.

Dispuesto a localizar a Marc Goldsmith.

Vano empeño.

Marc Goldsmith jamás sería encontrado.

Capítulo IX

FILADELFIA, NUEVA York y Niágara.

Cinco días intensamente vividos.

De total felicidad para Marc Goldsmith. Disfrutaba de la luna de miel más maravillosa que pudo soñar.

—No has debido hacerlo, Marc.

—¿El qué?

Sharon hizo un mohín de disgusto.

—Demasiado sabes que me refiero a lo del Banco. Al entregarte mis ahorros no fue intención de compartir tu cuenta corriente. Sé que cuatro mil dólares no es gran cosa, pero es mi aportación a nuestro hogar. El director del Banco no parecía muy conforme con autorizar mi firma.

Marc Goldsmith detuvo el auto ante el semáforo de Popplar Street. Paralelamente al Leakin Park.

—Genne Reeve se extralimitó en sus funciones. No le solicité consejo.

—Es lógico, Marc. Llevamos sólo cinco días casados y…

—Cinco días de felicidad, Sharon —interrumpió Goldsmith—, Olvida lo del Banco. No tiene importancia. Lo mío es tuyo.

La muchacha movió la cabeza riendo en cantarina carcajada.

—No me atrevería a firmar ninguno de esos talones, Marc. Mensualmente me entregas la cantidad que consideres adecuada y yo me administraré.

Goldsmith contempló encandilado a la joven.

Le gustó desde el primer momento. Desde aquella primera cita concertada por la Clover Agency. Ya no lo dudó más. Sharon era la mujer de su vida. Alegre, sencilla, hogareña… El bálsamo para borrar todo el pesimismo y amargura que atormentaba a Goldsmith.

¿Por qué esperar más?

La solicitó en matrimonio.

Sopesando todos los riesgos y anhelante por conocer la respuesta de Sharon.

Ella aceptó radiante de felicidad.

La angustia de Goldsmith se centró entonces en la noche de bodas. ¿Cómo sería la reacción de Sharon ante la visión de sus piernas ortopédicas? ¿Repugnancia? ¿Horror?…

Marc Goldsmith sonreía ahora recordando aquella primera noche en el Savoy Hotel de Filadelfia.

Ni una sola mueca.

Ni un parpadear.

Ni el menor comentario…

Fue una noche de amor y pasión.

El temor y angustia de Goldsmith desapareció vencido por el jovial y contagioso optimismo de la muchacha.

Y su belleza…

Marc Goldsmith aún no daba crédito a su suerte. Se había casado con la más escultural de las mujeres. Enloquecía al contemplar el desnudo cuerpo de Sharon. Aquellos exuberantes senos duros y de rosados pezones. La suave curva de su vientre, la esbeltez de sus muslos…

Todo en ella era perfecto.

—¿Enfadado? —Inquirió Sharon, mimosa—. Si quieres no vamos a casa de la señora McRoots. Reconozco que fue una tontería mía interrumpir la luna de miel para…

—No estoy enfadado, cariño. Todo lo contrario. Estaba rememorando estos maravillosos días de felicidad. En cuanto a la señora McRoots, si prometiste visitarla, hay que cumplir. Según tú fue muy buena contigo, ¿no?

—Cierto. Fui su dama de compañía durante muchos años. Me despedí para casarme contigo.

—Apuesto que me odia por eso —rio Goldsmith—. ¿Has dicho la comarcal de Hulee Hill?

—Sí, Marc. Ya te indicaré la desviación.

Goldsmith, sin apartar las manos del volante, consultó el reloj de pulsera.

—¿Seguro que cuenta con nosotros para el almuerzo?

—Por supuesto. Me lo recalcó varias veces. Como habíamos proyectado sólo tres o cuatro días de luna de miel, yo concerté el de hoy para visitarla.

—Estaremos un mes, Sharon. O más. Miami, Las Vegas, Los Angeles… También Europa. Italia, Francia, España…

La muchacha se apretujó contra Goldsmith.

Sonriente.

—Ahora eres tú el que rebosa optimismo. Sólo tienes dos semanas de permiso en tu empresa, ¿lo has olvidado? Y para esos fantásticos viajes dudo

que nos alcancen nuestros mutuos ahorros. ¡Por mucho que tú tengas reunido!

Goldsmith sonrió.

Aún no había confesado a Sharon la indemnización recibida y que, por el momento, no tenía trabajo alguno.

—Tú me has devuelto el optimismo, Sharon. Te tengo reservadas muchas y agradables sorpresas.

—Yo también, Marc, yo también…

Karla McRoots realizó una leve inclinación de cabeza. —Gracias por sus cumplidos, Goldsmith. Y celebro que haya decidido demorar unas horas su salida. Puede considerarse en su casa.

—Es usted muy amable, señora McRoots.

—Ven conmigo, Marc —Sharon se colgó del brazo de Goldsmith—. Te enseñaré la que fue mi habitación.

Abandonaron el salón.

Marc Goldsmith no pudo ver la fría y diabólica sonrisa que le dirigía la enlutada anciana.

—Sharon…

—¿Sí, Marc?

—No… no me encuentro muy bien. De ahí que haya aceptado el prolongar unas horas la visita. Creo que me hará bien descansar un poco.

—Tal vez el calor…

—¿Calor? Las paredes de este castillo son frías como una tumba. Me sorprende que hayas pasado aquí años. Tu alegre carácter contrasta con toda esta frialdad y tristeza. Creo que me sentó mal la bebida. El vino, aunque exquisito, me pareció algo espeso; pero no te preocupes por mí. De seguro es un pasajero malestar. Dentro de una hora como nuevo.

—Me quedaré contigo —dijo Sharon, abriendo una de las puertas del ancho corredor.

—No, no es necesario. Puedes regresar con la señora McRoots si lo prefieres. Esa tal Verna debe ser la nueva dama de compañía, ¿verdad?

—Sí. Dama de compañía, cocinera, doncella… De todo un poco.

—También es muy bonita, pero no tanto como tú.

—Anda, acuéstate.

Sharon le ayudó a despojarse de la chaqueta.

Marc Goldsmith no se dignó a admirar la majestuosidad de la estancia. Le dolía terriblemente la cabeza. Se dejó caer sobre la cama.

La muchacha le quitó los zapatos.

—Gracias, Sharon… Vete ya… Dentro de una hora estaré en condiciones de marchar.

Sharon no pareció oírle.

Estaba manipulando en el cinturón del pantalón.

—No, Sharon… no me…

Goldsmith no pudo rechazar a la muchacha Los brazos le pesaban como si fueran de plomo. Apenas podía moverlos.

Sharon le estaba tirando del pantalón.

—Déjalo, Sharon…, prefiero que…

La sonrisa de Sharon le hizo enmudecer.

Aquella satánica sonrisa y el no menos siniestro brillo de sus ojos.

—Quiero enseñar tus piernas a mis amigas, Marc. Será divertido.

Goldsmith parpadeó.

Perplejo.

—¿Tus amigas?… No comprendo…

Se abrió la puerta.

Verna, Gladys y Kathrin.

Cada una de ellas portaba una sierra eléctrica en la mano derecha.

—Ya conoces a Verna, querido —sonrió Sharon—. Quiero presentarte a Gladys y Kathrin.

Gladys se aproximó conteniendo la risa.

—A ver…

—¿Qué os parece, chicas? —Sharon cogió las piernas ortopédicas de Goldsmith por los tobillos. Las alzó para seguidamente dejarlas caer—. ¡Adelantos de la ciencia! Son de fabricación alemana. Silicona y no sé qué cosas más.

Kathrin chasqueó la lengua.

—No me convencen. Demasiado perfectas. Resultaban mejor las clásicas piernas ortopédicas duras y tiesas.

—¡Desenróscalas, Sharon! —Palmoteo Gladys, dando pequeños saltos—. ¡Desenróscalas!

—¡Desenroscar!… ¡Ni que estuvieran atornilladas! Son piernas mecánicas, aunque quirúrgicamente cosidas. Encajadas al hueso, cosidas a la carne y a la piel. Con perfecto mecanismo para doblar las rodillas. Goldsmith gastó un buen puñado de dólares en ello.

—¿Te las quitas para hacer el amor, Marc?

Goldsmith, estupefacto por todo aquello, fue incapaz de articular palabra.

Sharon respondió por él.

—No, queridas. No se las quita. Es muy púdico.

Las cuatro muchachas rieron en desaforadas carcajadas.

—Sharon…, ¿qué significa todo esto? —Balbuceó Goldsmith—. ¿Por qué esta cruel burla?

—¿Cómo se quitan, Sharon? —Insistió Gladys, acariciando las piernas artificiales de Goldsmith—. Tal vez tirando de los tobillos…

—¡Yo lo haré! —exclamó Verna.

—¡Y yo!

Verna y Gladys aferraron cada una de las ortopédicas piernas.

Tiraron con fuerza. Una y otra vez. Ajenas a los desgarradores gritos de Goldsmith.

Ayudadas por Sharon y Kathrin.

Rieron satánicamente al quedar con los ortopédicos miembros entre sus manos.

Marc Goldsmith se agitaba en el lecho aullando de dolor. Podía mover levemente los brazos y la cabeza, pero era incapaz de incorporarse. También movía los muñones de sus amputadas piernas. Seccionadas un palmo por encima de la rodilla.

Karla hizo su aparición.

Dirigió una despectiva mirada a Goldsmith.

—Es repulsivo. Me recuerda al clásico hombre-tronco que se exhibía en los circos de antaño.

—¿Hombre-tronco?

—Sí, Gladys. Los circos de principio de siglo mostraban seres deformes como principal atracción. Verdaderos monstruos de la Naturaleza. El hombre-tronco era de lo más espeluznante. Sin brazos ni piernas. Se arrastraba por la pista como un gusano nauseabundo.

—Goldsmith tiene brazos.

Karla sonrió con demoníaco sadismo.

—Cierto. Todavía los tiene.

Fue como una señal para que Gladys y Verna se apoderaran de las sierras eléctricas. Sharon y Kathrin fueron en busca de la bañera.

El más alucinante de los horrores empezaba para el infortunado Marc Goldsmith.

Capítulo X

EL individuo se rascó ruidosamente la cabeza.

—No lo recuerdo bien. Creo que fue a los seis días de la boda. Me sorprendió ver a la señora Goldsmith.

—¿Por qué? —interrogó Baldwin, compartiendo la cajetilla de tabaco con el recepcionista.

—Bueno… El señor Goldsmith se despidió anunciándome que no regresaría hasta pasados veinte o treinta días. La llegada de la señora Goldsmith, sólo seis días después de la boda, me causó sorpresa. Creí que habían cancelado el viaje de bodas.

—¿Vio también al señor Goldsmith?

—No. Sólo subió la señora. Permaneció en el apartamento aproximadamente una hora. Bajó con una pequeña maleta. Dijo que eran pertenencias del señor Goldsmith que había olvidado. Aseguró también que iban a prolongar el viaje en uno o dos meses —el individuo hizo un guiño malicioso, añadiendo seguidamente—: No me sorprende. La tal señora Goldsmith es algo fuera de serie.

—¿De veras?

—Una maravilla, amigo. Alta, exuberante, bella…

—Concrete un poco más. Color del pelo, ojos, algo que destacara…

El conserje del edificio rio divertido.

—¿Algo? Todo en ella llamaba la atención. Su pelo era negro. Ojos grandes, castaños… o negros, no me fijé en eso. Tenía otros… detalles más dignos de consideración. Sus labios… ¡qué labios! Carnosos, exultantes… Siempre con una sonrisa que dejaba al descubierto unos níveos y perfectos dientes. Su cuerpo era escultural. El movimiento de sus caderas todo un espectáculo. ¿Algo que destacara? Tenía un par de…

El timbre de la centralilla interrumpió al individuo.

Se hizo cargo del micro.

Frankie Baldwin succionó el cigarrillo.

Tras unos segundos de espera, y dado que el recepcionista seguía conversando por teléfono, decidió dar por concluido el interrogatorio. Poco

más iba a sacar en limpio.

Retornó al volante del «Corvette».

Pensativo.

Cinco días después de la boda, Marc Goldsmith autoriza a su mujer retirar fondos del Banco. Y al día siguiente se presenta Sharon en el apartamento. Sin Marc. Una maleta. Días más tarde, la retirada del dinero.

Todo muy extraño.

Frankie Baldwin se dirigió a la Matthews Company Investigation.

Aún se seguía trabajando en las oficinas.

Acudió a la sección de Archivo y Documentación. Una amplia sala de *computers* donde se almacenaban infinidad de datos.

Ralph Wasson, jefe del departamento, estaba retirando unos papeles de su mesa de trabajo.

—¿Qué haces por aquí, Frankie? Te hacía disfrutando de ese pequeño permiso.

—Quiero pedirte un favor, Ralph. Algo particular.

—Lo lamento, muchacho. Sólo llevo encima ocho dólares y los necesito para la cena.

Baldwin sonrió dejándose caer en una de las sillas.

Señaló hacia las computadoras.

—Son ellas las que pueden ayudarme. Quiero algunos datos.

—¿Ahora? Maldita sea, Frankie… ¡Llevo todo el día trabajando como un condenado! Yo, el jefe del departamento, soy siempre el último en marchar. Mañana, ¿eh, compañero? Estaré más despejado. Ya llego tarde a una cita y…

Se abrió la puerta para dar paso a Sandra Fargo.

La muchacha portaba entre sus manos unas fichas perforadas.

—Hola, Ralph —saludó ignorando deliberadamente a Baldwin—. ¿Todavía aquí?

Wasson atrapó la chaqueta depositada sobre el respaldo del sillón giratorio.

—Por poco tiempo, muñeca. Me largo ahora mismo.

—Yo voy a computar unos datos. Ordenes de Matthews.

—¡Eh, Frankie!… Sandra maneja las computadoras de documentación mejor que yo. ¡Pídele a ella la información!

Ralph Wasson abandonó la sala.

Baldwin y Sandra se miraron a los ojos.

En silencio.

La muchacha acudió hacia una de las máquinas introduciendo las fichas perforadas en los rodillos.

No giró al sentir unas manos posarse sobre su cintura.

Tampoco al ser besada en la nuca.

Sí giró cuando las manos de Baldwin ascendieron hacia los senos femeninos.

—Frankie…, si necesitas mi ayuda no es necesario engatusarme con caricias. ¿Qué quieres?

Baldwin hizo una mueca.

—Eres muy rencorosa, Sandra. ¿Sigues enfadada conmigo? Prometo no volver a ofrecerte champán, ¿de acuerdo?

La muchacha controló con dificultad una sonrisa.

—¿Qué información buscas, Frankie?

—Una relación de las agencias de matrimonio que operan en Baltimore.

Sandra entornó los ojos.

Antes de que formulara pregunta alguna, se adelantó Baldwin.

—Sí, Sandra. Se trata de Marc Goldsmith. Estoy intrigado por ciertos hechos. La… la señora Goldsmith ha retirado todo el dinero en efectivo de la cuenta de Marc.

—¿Has hablado con él?

—No he podido localizarle.

Sandra dudó unos instantes.

Acudió hacia una de las computadoras manipulando en los diferentes mandos. La pantalla se iluminó. Las letras se fueron sucediendo a pasmosa velocidad. Por la bandeja expulsora fue apareciendo un papel que Sandra arrancó una vez hubo cesado el luminoso de la pantalla.

Baldwin consultó la hoja.

—Treinta y dos agencias…

—Las inscritas oficialmente, Frankie —advirtió Sandra, tecleando nuevamente en la computadora—. Luego están las clandestinas. Las no registradas que operan esporádicamente, y cambian con frecuencia de nombre y domicilio.

Frankie Baldwin se encontró a los pocos segundos con una nueva relación.

Cincuenta y ocho.

—El Nido, Tú y Yo, Intimidad…

—La mayoría de esas agencias matrimoniales sí son tapaderas de prostitución, Frankie. De ahí que no estén registradas oficialmente. La

publicidad que insertan en los periódicos ya deja entrever algo turbio. De seguro que Marc no acudiría a ninguna de ellas. Frankie…

—¿Sí?

—¿Qué sospechas? ¿Por qué te has decidido a investigar?

Baldwin se encogió de hombros.

—Pues…, sinceramente no lo sé. Un sexto sentido me indica que algo no funciona bien. No es lógico que una recién casada, a los pocos días de la boda, deje en ochenta y cuatro dólares una cuenta corriente cercana a los cuatrocientos mil. Bueno, no es lógico que el marido lo consienta.

—Puede que Marc sí esté al corriente. Un cambio de Banco, un negocio imprevisto…

—Marc Goldsmith, pese a la estupidez de dirigirse a una agencia matrimonial, es un hombre inteligente. No invertiría su dinero sin dejarse aconsejar. Sospecho de un chantaje o algo similar. Investigaré a fondo en las agencias matrimoniales y sobre la tal Sharon.

—Una mujer muy guapa.

—¿Cómo lo sabes?

Sandra inclinó levemente la cabeza.

Como avergonzada.

—Aquella noche…, después de salir de tu apartamento, telefoneé a casa de Marc. Le felicité por su proyectada boda. Marc, sin duda desmoralizado por tu reacción, me lo agradeció mucho. Me sugirió que fuera testigo y acepté.

—Háblame de Sharon. Quiero que…

—No llegué a verla, Frankie —interrumpió Sandra—. Acudí a la hora fijada por Marc; pero la boda ya se había celebrado. El juez Lorber me informó que inesperadamente la habían adelantado. Me hizo llegar las disculpas de Goldsmith.

—Otro detalle más…

—¿Qué quieres decir?

—Marc Goldsmith te invitó a ir de testigo, ¿no es cierto? Apuesto que Sharon, al saber eso, le hizo adelantar la hora de la boda.

—¿Con qué fin?

—Con el de no darse a conocer.

—Eso es mucho suponer, Frankie.

Baldwin consultó el reloj.

Guardó los papeles en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Iré a conversar con el juez Lorber. Puede que me proporcione algún dato de interés. Dame su dirección.

—Te acompaño, Frankie —decidió Sandra—. También yo empiezo a preocuparme por Marc.

Gary Lorber, juez de paz en el Barrio Curry de Baltimore, era un individuo de cabello ya gris en los aladares.

Muy hablador.

Al igual que la señora Lorber.

—Les recuerdo perfectamente. Hacían una bonita pareja, ¿verdad, Gary?

—Cierto, querida.

Frankie Baldwin estaba consultando el libro de registros.

Sharon Logan. Natural de Charleston, West Virginia. Veintidós años de edad…

—¿No tiene ningún otro dato sobre Sharon Logan?

El juez arrugó la nariz.

—¿Otro dato? Todos los necesarios figuran ahí, joven. Presentaron los documentos requeridos que, tras ser examinados por mí, hago constar en el libro de registro. Los certificados son de nuevo remitidos a los cónyuges.

—Comprendo. ¿Recuerda quién adelantó la hora fijada para la boda?

—Fue ella. La mujer —intervino la señora Lorber—. Telefoneó de buena mañana para que se lo comunicara al juez.

—Estos testigos… ¿Robert Glennon y John Post?

El viejo juez sonrió.

—Son unos vecinos. En un ochenta por ciento de los matrimonios que celebro firman ellos como testigos. A cambio de una pequeña gratificación. Muchas parejas deciden de pronto casarse y olvidan los testigos. Robert y John están siempre disponibles.

—¿Ha dicho que era detective?

—Correcto, señora Lorber —sonrió Baldwin—. Trabajo para la Matthews Company Investigation.

—¿Les ha ocurrido algo a los Goldsmith?

—No me sorprendería —murmuró Gary Lorber, entre dientes.

Baldwin desvió la mirada hacia el juez.

—¿Qué ha querido decir?

—Recordaba una confidencia del señor Goldsmith. Cuando me abonaba mis honorarios. Le comenté amistosamente que dónde había conseguido tan

bella mujer. Su respuesta me sorprendió. Dijo que en una agencia matrimonial. Sonreí sin tomarle en serio, pero él insistió mencionando incluso el nombre de la agencia.

—¿Qué agencia? —Interrogó Baldwin—. ¿La recuerda?

—Pues no, la verdad. ¿Y tú, Judith? Te comenté la anécdota, ¿verdad?

La señora Lorber asintió moviendo la cabeza.

—Sí, Gary. Discutimos un poco. Tú afirmabas que un matrimonio concertado por agencia no podía salir bien. Yo soy de la opinión que…

—¿Recuerda el nombre de la agencia? —Interrumpió Sandra, con leve sonrisa—. Haga memoria, por favor.

—Era un nombre original. Distinto a los vulgarmente adoptados y que se relacionan con la familia, el hogar, la felicidad y demás.

Frankie Baldwin le tendió la hoja donde figuraban las agencias matrimoniales registradas en Baltimore.

El matrimonio Lorber la consultó al unísono.

—No… no está aquí…

—Un momento, querida. ¿No es ésta? La Garden Agency…

—No, aunque… era algo relacionado con las flores —el rostro de la señora Lorber se iluminó—. ¡Ya lo recuerdo! ¡La Clover Agency!

El juez se palmeó la frente.

—¡Es verdad!… ¡La Clover Agency!… Ese es el nombre, joven. Sin ninguna duda. Clover Agency.

Frankie Baldwin tomó nuevamente la lista.

No figura en ella el nombre de la Clover Agency. Consultó entonces la relación de agencias matrimoniales más o menos clandestinas.

Intercambió una mirada con Sandra.

La Clover Agency no constaba en ninguna de las listas.

Capítulo XI

FRANKIE BALDWIN terminaba de afeitarse cuando sonó el llamador de entrada.

Acudió al living para abrir la puerta del apartamento.

—¡Lo tengo, Frankie!… ¡Ya lo tengo!

Sandra se adentró hacia el salón.

Visiblemente excitada.

Frankie Baldwin la retuvo por el brazo y, tras hacerla girar, la besó en la boca.

—Primero, buenos días. Es lo correcto, Sandra.

—Déjame, Frankie… Tengo buenas noticias. He localizado la Clover Agency.

—¿De veras?

—A primera hora de la mañana ya estaba en la Matthews Company Investigation. Con la colaboración de Ralph encontré datos de la Clover Agency. No resultó sencillo, Frankie. La agencia no está registrada oficialmente.

Baldwin había encaminado sus pasos hacia la cocina.

Seguido de la vehemente Sandra.

—¿Te preparo algo, nena?

—He tomado el desayuno hace horas. ¿Quieres escucharme sin interrumpir?

—Okay. Adelante.

Sandra dejó una cartera de piel sobre la mesa. La abrió deslizando la cremallera de cierre.

Mostró a Baldwin las dos revistas.

The Financier y Ranking-Men.

—Prefiero Playboy.

Sandra hizo un mohín.

—Muy gracioso.

Baldwin estaba manipulando en la coctelera. Una yema de huevo, zumo de pomelo y brandy.

—Hablo en serio, Sandra. Esas dos revistas son para minorías. Para los VIP. Para los forrados de dólares. Yo no soy un magnate. El mundo de las finanzas, de los grandes negocios y de los altibajos de Wall Street me tiene sin cuidado.

Sandra tomó el Ranking-Men.

Buscó la sección de anuncios.

Uno de ellos había sido remarcado en rotulador rojo.

—Aquí, Frankie. Echa un vistazo.

El anuncio era breve. En letras normales. Sin destacar.

«Agencia matrimonial. Seriedad y discreción total. Le ayudamos a encontrar su compañera ideal. Sólo con fines matrimoniales. Exigimos y ofrecemos rigurosa moralidad. Clover Agency. Estafeta Nolan. 1271 Eyer Street. Baltimore. Maryland 21208».

—Muy interesante. ¿Seguro que no está registrada?

—No, Frankie. Ralph lo comprobó. No fue computada con las demás agencias clandestinas. Pasó desapercibida por limitar su publicidad al Financier y Ranking-Men.

—Lógico. No son las más apropiadas para insertar ese tipo de anuncio. Recibirá la Clover Agency pocos clientes, aunque de caer alguno será un VIP. Creo que el negocio está claro. La caza de peces gordos. ¿Cuándo empezó a anunciarse?

—Hace aproximadamente un año. En las pasadas navidades.

Baldwin terminó el combinado.

Pasó al dormitorio en busca de la chaqueta.

—Buen trabajo, Sandra.

—¿Qué piensas hacer?

—Darme una vuelta por la Estafeta Nolan.

—Me gustaría acompañarte, Frankie; pero debo regresar a la Matthews Company Investigation. El jefe ignora que he salido. Y ya conoces a Alec Matthews.

—Seguro.

Baldwin rodeó los hombros de la muchacha.

Abandonaron el apartamento.

Se despidieron en el vestíbulo.

—Pasaré a recogerte para el almuerzo, ¿de acuerdo?

—¿En el snack de Janet? —inquirió Sandra, con marcada ironía—. ¡Te esperaré, Frankie!

Sonrió contemplando como la muchacha se alejaba presurosa hacia un «Mustang» estacionado en doble fila.

Baldwin descendió al parking subterráneo.

Minutos más tarde conducía su «Corvette» por las calles de Baltimore.

Enfiló hacia Easterwood Park. Bordeando el St. Peters Cemetery.

Era un día caluroso.

El asfalto quemaba.

El intenso tráfico no alteró los nervios de Baldwin.

Llegó a Eyer Street.

La mayoría de las casas de una o dos plantas. Bungalows, pequeños comercios…

Frankie Baldwin estacionó frente al 1.271.

Una casa de una sola planta. Con reducido jardín a la entrada. En las ventanas macetas con flores. Cortinajes estampados.

Baldwin hubiera dudado de no divisar el cartel sobre la puerta.

«Estafeta Nolan.»

Hizo girar el pomo.

La hoja de madera cedió a la vez que sonaba el tintinear de una campanilla.

La sala no era muy amplia. Un mostrador, un tresillo y una circular mesa de cristal. Tras el mostrador un gran casillero. Casi todas las casillas repletas de cartas. También, cuidadosamente ordenados y etiquetados, infinidad de paquetes en las estanterías.

Al fondo un corredor.

Y por allí apareció la mujer.

Frankie Baldwin entornó los ojos.

Admirando aquel monumento andante.

Era joven. De unos veinte años de edad. Atractivo rostro y cuerpo tentador. Lucía juvenil falda y sweatshirt de algodón. Muy ceñido, aunque sin impedir que cada paso se viera amenizado por un leve oscilar de los prominentes senos.

—Buenos días —saludó la muchacha, situándose tras el mostrador—. ¿En qué puedo servirle?

Los ojos de Baldwin quedaron fijos en dos pequeños puntos que se marcaban provocativamente bajo la tela de algodón.

—Se me ocurren varias cosas, pero dudo que aceptes.

La joven, percatándose de la insolente mirada de Baldwin, alisó el sweatshirt. Fue peor el remedio que la enfermedad. Los punzantes pezones

destacaron todavía más.

—Tengo mucho trabajo, señor…

—Baldwin, pero puedes llamarme Frankie —sonrió, apoyándose sobre el mostrador—. Quiero que me informes sobre uno de tus abonados. Deseo conocer el domicilio de la Clover Agency.

Los gordezuelos labios de la muchacha esbozaron una sonrisa.

—Lo lamento…, Frankie; pero no facilitamos información.

—¿Cómo te llamas?

—Eres muy curioso. ¿Qué significan todas estas preguntas?

Frankie Baldwin le mostró su credencial como detective de la Matthews Company Investigation.

—No es nada contra la Clover Agency. Ni contra la Estafeta Nolan. Un fulano muy importante leyó el anuncio en The Financier. Quiere información sobre la Clover Agency antes de decidirse a escribir. Desea cerciorarse de que se trata de una agencia seria, discreta, moral y todo eso.

—Comprendo, pero no puedo ayudarte. Nuestro servicio con la Clover Agency se limita a recoger la correspondencia que le es dirigida. Semanalmente, sin día fijo, pasan a retirarla. Como la mayoría de los abonados a la Estafeta Nolan. Casi todos vienen a retirarla. De querer recibirla en sus respectivos domicilios, no serían necesarios nuestros servicios.

Baldwin dirigió una mirada al casillero.

—¿Ya pasó esta semana?

—¿La Clover Agency? Sí. Ayer.

—Resulta lógico que un tipo casado, suscriptor a revistas pornográficas y cliente de las sex-shops, recurra a una estafeta privada para que reciba su comprometida correspondencia; pero una agencia matrimonial…

La muchacha se encogió de hombros.

—No es asunto mío, pero deduzco que es una medida más de discreción. No es un caso aislado. Empresas de diferentes ramos tienen aquí un apartado de correos para cartas o paquetes especiales.

—¿Eres la propietaria de esto?

—No.

—Aún no me has dicho tu nombre.

—Kathrin Mann.

—Bien, Kathrin. Podemos echar una mirada al registro de abonados. Ahí sí que figurará el domicilio de la Clover Agency.

—No estoy autorizada a facilitar información alguna de nuestros abonados.

—Entonces hablaré con tu jefe.

Kathrin forzó una sonrisa.

—Eso no es posible.

—¿Por qué? ¿También es un jefe misterioso? Oye, Kathrin… En la Matthews Company Investigation puedo indagar todos estos datos, pero creí más sencillo desplazarme hasta aquí.

—La Estafeta Nolan es propiedad de la señora McRoots, pero soy yo quien dirige el negocio. La señora McRoots es una anciana de delicada salud. Vive retirada en las afueras de Baltimore. Yo llevo todos los asuntos de la señora McRoots, incluido la marcha de la estafeta.

—Entonces eres tú quien decide.

—Correcto. Y no tengo por costumbre facilitar información de los abonados.

—¿Cien dólares te harían cambiar de opinión?

—Buenos días…, señor Baldwin.

Frankie Baldwin enfrentó sus ojos con los de la muchacha.

Lentamente desvió la mirada hacia los opulentos senos oprimidos bajo la tela.

Retornó al encuentro con los ojos de Kathrin.

Sonrió.

—Hasta pronto, Kathrin.

Abandonó la casa.

Al acomodarse en el asiento del «Corvette» se percató de que era observado por Kathrin desde el ventanal.

La muchacha retrocedió veloz al verse sorprendida.

Baldwin pisó el acelerador.

El auto dobló por la primera de las bocacalles deteniéndose a menos de veinte yardas de Eyer Street.

Frankie Baldwin descendió del vehículo.

Caminó hacia el snack situado en el cruce.

Desde allí era visible la Estafeta Nolan.

Su instinto profesional le indicaba que estaba en el buen camino.

Baldwin ignoraba que aquel camino conducía al mismísimo Averno.

Era el tercer vermut con ginebra.

El cigarrillo número catorce.

Dos horas y cuatro minutos de espera.

Frankie Baldwin ocupaba la mesa cercana a la cristalera del snack. Lanzando repetidas miradas al 1.271 de Eyer Street.

Tres horas y ocho minutos.

Fue entonces cuando vio aparecer el «Mustang».

Estacionó frente a la entrada del snack.

Sandra Fargo descendió del vehículo penetrando en el local. Quedó unos instantes inmóvil hasta localizar a Baldwin.

—Hola, Sandra. Celebro verte. Esto es muy aburrido.

—No esperaba verte aquí, Frankie —la muchacha tomó asiento—. Hace tres horas, cuando telefoneaste a la Matthews Company Investigation, informaste que ibas tras la empleada de la Estafeta Nolan y que volverías a llamar.

—Sigo esperando. Aplaudo tu decisión de acudir aquí. ¿Tienes la información que solicité?

—Sí, Frankie.

Se aproximó al barman.

Sandra pidió un gin-tonic.

Bebió a pequeños sorbos.

—Una información espeluznante, Frankie.

—¿Espeluznante?

—Al menos así me lo pareció a mí. Una historia tenebrosa y satánica.

—Explícate.

—No te mintió esa tal Kathrin Mann. Karla McRoots es la propietaria de la casa y del negocio de la estafeta.

—No podía arriesgarse a mentir en algo de tan fácil comprobación.

—También es propietaria de un castillo —murmuró Sandra, con tenue voz —. El castillo maldito de los McRoots…

Capítulo XII

SANDRA succionó el cigarrillo.

Con ademanes nerviosos.

—Puede que la historia te resulte fantasiosa, Frankie; pero es rigurosamente cierta. Se remonta a principios del pasado siglo. En el condado de Stolersburg, Inglaterra. Un tal Dolph McRoots es condenado a la hoguera acusado de brujería. Junto con su esposa. Su hijo Leonard, un muchacho de ocho años, es salvado de la enfurecida multitud por un misterioso individuo que dice llamarse Asfalgor. Nadie le impide que se lleve al muchacho. Un clérigo consulta los libros prohibidos y descubre que Asfalgor responde al nombre de uno de los espíritus del mal. Un demonio. El pueblo de Stolersburg reacciona y sale a la caza del joven McRoots. No consiguen dar con él. Leonard McRoots había embarcado rumbo a los Estados Unidos. Se instaló en Baltimore dedicándose al comercio. La fortuna le sonrió aunque no se sabe cómo llegó a amasarla.

«Leonard McRoots hizo construir un castillo en las afueras de la ciudad. En unas escarpadas colinas. De Inglaterra llegaban continuos envíos para amueblar la mansión. Realizó un viaje a Europa. Concretamente a Francia y España. Allí efectuó varias compras más. Regresó a Baltimore del brazo de una bella dama francesa llamada Clotilde Tavernier, casi una niña. La presentó como su esposa. Nadie fue invitado jamás a aquel castillo. Lo que en principio pareció capricho de un rico, pronto inquietó a los habitantes de la zona. Empezaron las habladurías. Se aseguraba que en las noches de luna llena, los McRoots celebraban desenfrenadas orgías en el castillo. Se oían risas, cantos… y gritos espeluznantes. También comenzaron las misteriosas desapariciones de jóvenes muchachas del lugar.

Sandra hizo una pausa.

Bebió un sorbo más de gin-tonic.

Al no recibir ningún comentario de Baldwin, prosiguió:

—La guerra de Secesión no afectó a los McRoots ni a su castillo. Parecía protegido por una maligna fuerza. Finalizada la contienda, un periodista neoyorquino escribió uno de aquellos clásicos folletines dedicado a la

brujería. En España, Francia, Alemania, Inglaterra… En Francia destacó la saga de los Tavernier. Y en Inglaterra, ocupando uno de los primeros lugares, el condado de Asfalgor y sus protegidos los McRoots. Aquellos folletines fueron recibidos en Baltimore. Alguien recordó el nombre de soltera de la señora McRoots. Clotilde Tavernier. Las desapariciones de las muchachas no habían cesado. Ni tampoco las misteriosas orgías del castillo. No obstante, nadie se atrevió a acusar a los McRoots; hasta que un día una joven de quince años fue hallada agonizante. Antes de morir confesó haber escapado del castillo de los McRoots donde iba a ser sacrificado al Diablo. Más de un centenar de personas armadas se dirigieron hacia la mansión de los McRoots. Entraron pese a la resistencia de McRoots. Lo que allí encontraron fue alucinante. En una de las salas se había levantado un altar a una demoníaca figura esculpida en piedra. Un ser deforme con piernas de serpiente. Sobre un trono con profusión de piedras preciosas, diamantes, sortijas, brillantes, esmeraldas… Un verdadero tesoro. Y junto con aquellas riquezas, restos humanos. Cálices repletos de sangre. Un corazón en vasija de oro. Ojos humanos en recipientes…

—Un momento, Sandra —interrumpió Baldwin, sin ocultar una mueca de escepticismo—. ¿De dónde sacó Ralph Wasson toda esta historia?

—Datos registrados en los periódicos de la época y en el Tratado de Demonología del doctor alemán Schlondorff.

Frankie Baldwin esbozó una sonrisa.

—Okay, Sandra. Sigue.

La muchacha, aunque molesta por aquella sonrisa sarcástica, obedeció.

—La enfurecida multitud colgó a Leonard McRoots del árbol más cercano. Luego se dedicaron a saquear el castillo. A golpes de culata arrancaron las piedras preciosas del trono. Nada dejaron de valor.

—¿Qué fue de Clotilde McRoots?

—Su avanzado estado de embarazo le permitió vivir cuatro meses más. Dio a luz y del lecho pasó a la horca. Nació una niña. Algunos exaltados pidieron también la muerte de la pequeña. Aseguraban que, dada la avanzada edad de Leonard McRoots, no podía ser el padre. Que la criatura había sido engendrada por el mismísimo Asfalgor.

—¿Esa niña…?

—Karla McRoots. Según los cálculos de Ralph, ahora debe contar alrededor de los ochenta y cinco años de edad. No fue fácil la vida para ella. Recluida en un orfelinato hasta los catorce años de edad. Ninguna familia quiso adoptarla. Karla, cumplida la mayoría de edad, se negó a la venta del

castillo y de las tierras que su tutor legal aconsejaba. Abandonó Baltimore regresando en plena I Guerra Mundial. Se ignora donde permaneció esos años de ausencia. Adecentó un poco el castillo y lo transformó en internado para niñas sin hogar.

—Conmovedor.

—No es una historia para bromear, Frankie. Ralph la comentó con detalles en verdad espeluznantes. El tal Leonard McRoots debió ser un monstruo de maldad. Al igual que su esposa Clotilde.

—¿Y Karla?

—Nada hay contra ella, Frankie. Regentó el internado durante más de veinte años. Sin ocasionar la menor queja. Hace unos diez años, y dado que otras instituciones más idóneas se hacían cargo de las niñas desamparadas, cerró el internado. La Estafeta Nolan la fundó hace poco más de un año. Con la colaboración de Kathrin Mann.

—¿Qué sabes de ella?

—Veintitrés años de edad, nacida en Baltimore. Padre desconocido. Su madre la internó en el castillo de los McRoots cuando contaba cinco años de edad. No volvió a interesarse por ella.

—Y Karla McRoots fue como una madre.

—Oye, Frankie. No pareces tomarte muy en serio…

—Todo lo contrario, Sandra. La historia de los McRoots es muy interesante, pero desfasada. No creo en brujas ni en demonios. Lo de ahora nada tiene que ver con los espíritus infernales. Kathrin Mann, una mujer que rechaza cien dólares por facilitar una vulgar información, me pareció sospechosa y estoy aquí para vigilarla. Llevo más de…

Baldwin se interrumpió.

La expresión de su rostro hizo que Sandra posara también su mirada en la cristalera.

—¿Es aquélla…?

Frankie Baldwin asintió con un movimiento de cabeza.

Contemplando como Kathrin Mann cerraba la estafeta para luego cruzar la calzada e introducirse en un «Mercury» color negro.

Baldwin se incorporó arrojando unos dólares sobre la mesa.

—En marcha, Sandra.

—¿Vamos a seguirla?

—Por supuesto. ¿No tienes curiosidad por conocer el castillo de los McRoots?

Sandra, aunque esbozó una sonrisa, no logró evitar un instintivo escalofrío.

Capítulo XIII

EL «Corvette», pese a frenar con suavidad, levantó una polvareda rojiza.

Divisaron el «Mercury» semioculto entre los árboles.

—¿Tienes miedo, Sandra? Puedes quedarte aquí y…

—¡Voy contigo! —casi gritó la joven.

Frankie Baldwin abrió uno de los apartados del salpicadero. De un doble fondo extrajo una pequeña «Sterling».

—Guárdala en tu bolso, Sandra. Está cargada. Parece un juguete, pero no lo es.

—¿Llevas tu revólver?

—No. Dudo que lo necesite para enfrentarme a una anciana.

—También está Kathrin.

—¿Kathrin? —Sonrió Baldwin, abriendo la portezuela—. Puede que sea peligrosa… en el lecho.

—Aunque la muerte vista de seda…

—No seas pesimista, Sandra. Fíjate en el castillo. Tampoco resulta tan tenebroso. Al menos a la luz del sol.

—Ese es el árbol, Frankie. Ese de las ramas alargadas y raíces salidas. El más cercano al castillo. Ahí colgaron a Leonard McRoots.

—Muy interesante. Anda, vamos a llamar. De seguro que Kathrin ya habrá informado a la vieja.

—Frankie…

—¿Sí?

—El árbol… no mueve las hojas como los otros…

Baldwin tragó saliva.

Era cierto.

—Bueno… Kathrin estacionó el «Mercury» muy cerca… Puede que eso influya.

—Eso es una tontería.

—Sí, pero no se me ocurre ninguna otra. ¿Por qué no…? Baldwin enmudeció al ver abrirse la puerta del castillo. Lentamente.

Con tenue chirriar.

Empujada por una mano invisible.

Frankie Baldwin se adelantó con decidido paso. Sandra fue tras él aferrándose a su brazo izquierdo.

—Frankie…

—Tranquila, Sandra.

Penetraron en el castillo.

Al fondo se abrió una puerta.

—Nos está indicando el camino, Sandra. No hagamos esperar a la señora McRoots.

En efecto.

Karla McRoots.

En el lujoso y aristocrático despacho-biblioteca.

Tras la artística mesa escritorio.

Con su demoníaca sonrisa.

—Pasen, por favor… ¿Quién es su encantadora acompañante, Baldwin?

Frankie Baldwin empequeñeció los ojos.

Fijos en la enlutada mujer.

Ya no dudaba de la historia de los McRoots.

El aspecto de la anciana era el de una bruja.

—Señora McRoots, ¿no es cierto? —Sonrió Baldwin—. Me he permitido traer conmigo a Sandra Fargo. Una amiga. —Bien hecho. No es agradable morir solo.

—¿Morir?

Karla se incorporó apoyando sus huesudas manos en la mesa.

—¿No viene a eso, Baldwin? Kathrin se ha informado. Era amigo de Marc Goldsmith y trata de localizarle. No me gustan los investigadores.

—¿Dónde está Marc?

Karla agrandó aún más sus saltones ojos.

Como si le sorprendiera la pregunta.

—Muerto. Al igual que los otros.

—¿Los otros?

—Por favor, Baldwin. Usted es inteligente. Ratone un poco. La Clover Agency es mi fuente de ingresos. Sólo me dedico a clientes que pueden ser colmadamente beneficiosos. Hombres solitarios, sin familia… y con fortuna. Mis discípulas me ayudan. Son ellas las que contraen matrimonio. Walter Shaber nos proporciona los documentos necesarios. Apuesto que conoce a Shaber.

—Creí que se había retirado.

—Cierto. Sólo falsifica para mí. Certificados de nacimiento, estudios, habitabilidad…, ya sabe. Todo lo que pueda impresionar al candidato de turno. Una vez conseguido el dinero, desaparece. Sin dejar rastro. Necesito dinero, Baldwin. Mucho dinero para recuperar todo cuanto robaron a Asfalgor.

—Está loca…

—¿Loca? ¡Locos fueron los que se atrevieron a ultrajar al gran Asfalgor! Durante años me he dedicado a recuperar el tesoro de Asfalgor. Investigando el paradero de las joyas más valiosas. El puñal, el bastón de mando, el cáliz… Me ha costado mucho. Y todavía faltan más; pero no descansaré hasta conseguirlo. Seguidme…

Karla pulsó el oculto resorte.

El mueble biblioteca giró descubriendo el túnel.

Ante la inmovilidad de Baldwin y Sandra, la anciana rio cascadamente.

—¿Qué ocurre?… ¿Miedo, Baldwin?

—Quédate aquí, Sandra.

—No, Frankie. ¡Voy contigo!

Siguieron a la anciana.

Descendieron los fríos peldaños.

Hasta llegar a la circular sala. Al altar. El triángulo con cirios encendidos. El vacío trono. El lienzo con el escudo de los McRoots.

Frankie Baldwin quedó más sorprendido por la visión de las cuatro muchachas.

Luciendo largas túnicas blancas… y con una sierra eléctrica en la mano derecha.

—Ya conoces a Kathrin. Las otras son Verna, Sharon y Gladys. Entraron muy pequeñas en el internado. Fueron las elegidas por Asfalgor. Cada una de ellas recibió la visita del gran Asfalgor, ¿no es cierto, queridas?

Las cuatro muchachas asintieron.

Sin hablar.

Con un infernal destello en los ojos.

—¡Acabad con ellos!… ¡Asfalgor!… ¡Gran Asfalgor!… ¡Conde del Averno!

Karla arrojó unos polvos al centro del triángulo.

De inmediato surgió la llamarada.

Y la demoníaca visión de un ser monstruoso con piernas de serpiente.

El grito de terror de Sandra fue coreado por las carcajadas de las cuatro jóvenes que avanzaron accionando el funcionamiento de las sierras portátiles.

—¡La escalera, Sandra! —exclamó Baldwin, pálido y aturdido—. ¡Corre y saca la pistola!

El horror había paralizado a Sandra.

Permaneció inmóvil.

Gritando.

Con la mirada fija en la llamarada donde flotaba la borrosa figura del Averno.

Frankie Baldwin reaccionó arrancando el lienzo que colgaba tras el trono.

Lo arrojó sobre Gladys y Verna que avanzaban en primer lugar.

Uno de los cirios prendió en la tela. Empezó a arder con pasmosa rapidez. Como la estopa. Envolviendo a las muchachas que vieron en llamas sus túnicas. Se arrojaron al suelo retorciéndose entre desgarradores alaridos.

Entraron en el triángulo dibujado en el suelo.

—¡No!… ¡No!… ¡Apartadlas de ahí! —gritó Karla, enloquecida—. ¡No pueden turbar la presencia de Asfalgor!… ¡Sacadlas!… ¡Ayudadme!…

Baldwin aprovechó para empujar a la horrorizada Sandra hacia la escalera.

—¡Maldita sea, Sandra!… ¡Tenemos de salir de aquí!… Hay un barril de pólvora bajo el altar y…

Una voraz llamarada ahogó la voz de Baldwin.

Giró la cabeza.

A tiempo de ver como Karla se retorcía en el centro del triángulo. Envuelta en una columna de fuego. Al igual que sus discípulas. Convertidas en antorchas humanas.

Karla, en su desesperado intento por librarse del fuego, fue a caer sobre el trono de Asfalgor.

La explosión resultó atronadora.

Frankie Baldwin, ya en lo alto de la escalera, cayó a consecuencia de la onda expansiva.

Miró hacia atrás apoyado en el mueble-biblioteca.

Le pareció estar contemplando una de las entradas del infierno.

Epílogo

SANDRA bebió a pequeños sorbos.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí, Frankie; pero te he echado de menos.

Baldwin sonrió acomodándose en el sofá junto a la muchacha.

—Acompañé al teniente Berenson hasta el castillo.

—¿Otra vez? ¿Por qué? Ya habíamos prestado declaración y…

—Sí, Sandra. Lo sé. Fue por simple curiosidad. Quería ver cómo había quedado todo aquello. Tenía razón el teniente. Todo destruido. Sólo el esqueleto del castillo. Poco se ha salvado. La demora en acudir los bomberos a tan apartado lugar… Afortunadamente se ha evitado que el fuego se propagara a los bosques vecinos.

—Frankie…

—¿Sí?

—¿Qué explicación ha dado el teniente a… a…?

Baldwin rodeó los hombros de la joven.

—La misma que yo, Sandra. Karla tenía dominadas a aquellas cuatro infelices. Ejecutaban las órdenes, los asesinatos, sin pestañear. Como un ritual en honor a Asfalgor. Las dominó desde pequeñas con el diabólico fin de recuperar lo que le fue arrebatado. Las endemonió.

—Yo le vi… también tú…

—Fue una ilusión, Sandra. Un juego de magia… o tal vez brujería, no lo niego. Karla arrojó unos polvos, ¿recuerdas? Entonces surgió la llamarada… y Asfalgor. Junto al altar un barril de pólvora. Karla llevaba en sus bolsillos unos polvos. Sin duda inflamables. De ahí que ardiera como una tea al aproximarse al fuego.

—¿Ha quedado todo destruido?… ¿Todo?

—Sí, Sandra. Se termina una horrible historia. La policía está interrogando a Walter Shaber e investigando en los archivos de la Estafeta Nolan. Puede que se conozca el número exacto de víctimas, aunque lo dudo.

—Dios mío…

—El fuego todo lo borra, Sandra. Olvida. Yo te ayudaré.

Besó los labios de Sandra.

Dulcemente.

La muchacha se apretujó entre sus brazos.

—Voy a pedir unos días de permiso, Frankie. Podemos ir junto a cualquier tranquilo lugar. ¿Qué te parece?… ¡Frankie!

—¿Cómo?… Ah, sí…

—¿En qué estabas pensando?

—En nada —mintió Baldwin—. Mañana mismo nos tomamos ese pequeño descanso, Sandra. Yo también lo necesito. También tú debes ayudarme a olvidar.

Sandra volvió a refugiarse en sus brazos.

Baldwin forzó una sonrisa.

Le resultaría muy difícil olvidar.

El fuego no había destruido todo. Junto a las calcinadas piedras del castillo, rodeado de los ennegrecidos árboles…

Frankie Baldwin cerró los ojos.

Le pareció verlo.

Intacto.

Con las ramas extendidas como dos gigantescos y fantasmales brazos. Con las raíces saliendo de la tierra…

El árbol donde ahorcaron a Leonard McRoots.

El único árbol que, incomprensiblemente, se había salvado de la voracidad de las llamas.

FIN